

Antología de Nelaery

Presentado por

Poemas del Alma 



Índice

Seguro que son un mito?

TE ECHO DE MENOS,CAROLO

SOLEDAD

AMOR INCONDICIONAL

MOMENTOS DE UNA VIDA

PIDO PERDÓN

Muñeca en la trastienda

YO NO SÉ HABLAR DE AMOR

GRACIAS A VUESTRA PALABRA

EN MEMORIA DE UN MENDIGO

¿Quién era?

MI PEQUEÑO PARAÍSO

NO OLVIDES

PAJARILLO,PAJARILLO

SALUDOS,ROBLE

CABALLO ALADO

Mi nombre es?

Tu tierna sonrisa

Paisaje onírico

Peripecias del hada Titania I

Peripecias del hada Titania(II)

Peripecias del hada Titania (III)

Peripecias del hada Titania (IV)

Ensueño de Fénix

Peripecias del hada Titania (V)

Peripecias del hada Titania (VI)

Saludos, pequeño gorrión

Peripecias del hada Titania XVII

Peripecias del hada Titania. Episodio XIX

Peripecias del hada Titania XXI

Peripecias del hada Titania XXIII

Peripecias del hada Titania -Episodio XXV

Peripecias del hada Titania- Episodio XXVII

Peripecias del hada Titania XXIX

Peripecias del hada Titania XXXI

Un hada en el bosque

Seguro que son un mito?

¿Seguro que son un mito?

A veces, oímos historias ancestrales en las que se habla de personajes protagonistas de ciertas acciones que forman parte de la cultura de determinados lugares, en los que se duda de que tales seres sean reales o no, pero que su figura queda intrínseca en las costumbres populares.

En estas líneas me voy a referir a unos personajes considerados mitológicos, pero que tienen gran importancia en una zona en donde suelo pasar largas temporadas desde mi infancia, para descanso de mi mente.

Me refiero a la figura de las lamias (Lamiak), mujeres de extraordinaria belleza con pies de pato.

Estos seres son muy populares en la mitología vasca, similares a las anjanas en Cantabria.

La reina de las lamias era la diosa Mari, protectora de la Naturaleza y de los campos. Su vivienda habitual eran las cuevas.

Tanto unas como otras vivían en las orillas de ríos, arroyos y fuentes, rodeados de hayedos. Se relacionaban con los humanos e, incluso, les ayudaban en las tareas del campo.

El lugar en el que me encuentro tiene topónimos referentes a estos seres: Lamina, Koba Mari, como referencia a que, en épocas pasadas, los habitantes creyeron en su existencia.

En mi infancia, extasiada por la belleza de estos parajes, solía ir al hayedo de Lamina, por el que pasa un río, con dos cascadas, para ver si podía ver a estas mujeres peinarse con peines de oro sus largas cabelleras. Pero jamás vi ninguna.

Sin embargo, me negaba a pensar que no existieran. Prefería pensar que se escondían y me estaban observando.

Hoy día, cuando soy adulta, no he dejado de pensar en ellas.

Al anochecer, cuando se echa la niebla que viene del Mar Cantábrico, y se une a la que se forma en los ríos y arroyos, se cubren el hayedo y los montes de una capa blanca, espesa, y se forma un aire de misterio alrededor, en el que se oyen voces y risas acompañadas de una música que jamás había oído antes.

Incluso las aves nocturnas dejan de ulular y se quedan en silencio.

Entonces, pienso que ellas, las lamiak están ahí observándonos, desde hace miles de años, conviviendo con nosotros, invisibles a nuestros ojos, pero sobreviviendo por encima del espacio y del tiempo.

Nelaery.

TE ECHO DE MENOS, CAROLO

TE ECHO DE MENOS, CAROLO

Hola, Carolo.

Hace unos meses que te fuiste y, aún hoy día, noto tu gran falta, el vacío que has dejado.

Recuerdo el día en el que te vi por primera vez.

Era una calurosa mañana de agosto, te vi bebiendo agua en la fuente.

Estabas solo. Y, por tu aspecto tan descuidado, me pareció que estabas abandonado.

Eras un perro grande, se te notaban los huesos, por consiguiente, supuse que llevabas días sin comer.

Además, tenías muchísimas garrapatas.

Tu mirada era triste. Recuerdo cuando me acerqué a ti. Me dirigiste una mirada tan profunda, que no me pude resistir y, en ese mismo instante, decidí que te adoptaría.

Así que, ¡decidido! Oficialmente eras mío.

Estuve buscando un nombre adecuado, y me vino a la mente el de un perro que tuvo un tío mío.

Te dije: te vas a llamar Carolo. Parece que te gustó ese nombre, porque te acercaste a mí y me lamiste la mano.

De esa forma, llegaste a nuestras vidas, a la mía y a la de todos los que nos rodeaban, porque, aunque vivías conmigo, ibas visitando las casas de todos los vecinos, llevándoles alegría. Ellos, te daban pan, galletas, muchas caricias....

Después del recorrido, volvías a casa y ladrabas a los extraños, a modo de saludo, casi siempre, de advertencia en algunas ocasiones, tomando posesión de tu puesto de mando.

La gente normalmente sonreía al verte. Decían que dabas muy "buen rollo".

Muchos comentaban que te parecías al perro de los Fraggles.

Solían decir:- ¡Es enorme! ¡Precioso! ¿De qué raza es?

-Es de una mezcla de perros pastores, según dijo el veterinario. De Mastín, Border Collie, pastor vasco, ...incluso, alguien dijo de Wolfhound....respondía yo.

Un día, una señora en el parque dijo que respondiéramos: "Es un perriplás: Perro por delante, perro por detrás". Y nos reíamos.

Pero, para mí eras el mejor perro del mundo.

Después, te tumbabas y dormías apaciblemente.

Eras muy inquieto y te encantaba seguir a los corzos.

Eras tremendo. Cuando seguías la pista de un corzo, pasabas horas detrás de él.

Un día, para mi sorpresa, seguiste a uno hasta la puerta de casa.

Todos te conocían, en el pueblo y en la ciudad donde vivimos.

Algunos te llamaban por tu nombre y no sabíamos quiénes eran.

Te gustaba jugar al " sokatira" (tirar de los extremos de una cuerda) para medir tus fuerzas con los chicos..¡ Qué " cabreos" cogías cuando te ganaban!

Aunque, te gustaba jugar más con las chicas, porque ganabas.

Está claro que eras famoso.

Siempre tenías una caricia para todos los vecinos.

Te llevabas muy bien con los gatos de casa. Sobre todo con Dido.Lo trajimos a casa con un mes de nacido, y tú te encargaste de cuidarlo, de enseñarle todo

, de jugar a peleas,...

Aún hoy, me parece que estás aquí.

Tuviste muy buena vida.

Recuerdo la última mañana que estuviste con nosotros.

Ese día no te movías. Fuiste a rastras hasta el cuenco del agua.

Te llevamos a la clínica veterinaria, te hicieron pruebas, y la conclusión fue que tenías diferentes tumores cancerígenos repartidos por todos los órganos.

Fue un tremendo ¡ palo!

¡Quién iba a decirlo, si no se te notaba nada! ¡ Si el día anterior habías cogido la pelota al vuelo!

Te fuiste, pero tu alma de perro ángel sigue con nosotros.

Nelaery

Rec

SOLEDAD

SOLEDAD

Buenas tardes, querida amiga.

Nos conocemos desde que nací, aunque,
últimamente, según va pasando el tiempo, nos vemos más a menudo.

Aprecio mucho tu compañía, la busco.

En tu presencia, empiezo a comprender cosas que antes ni imaginaba.

Me encanta pasear contigo y con nuestro amigo el silencio todos los días, después de comer.

Los dos me enseñáis a comprender el sentido de la vida, las relaciones con otros humanos, a poder aceptar sin juzgar, a escuchar, a dar a las cosas la importancia que tienen sin exagerar....

En fin, a ver la vida desde un punto de vista realista, objetivo.

Me decís que los sentimientos son importantes, pero que no me deje invadir por ellos, y que huya de los bajos instintos: ira, envidia, dominio, rencor... porque éstos sólo llevan a la autodestrucción y a una lucha inútil, y que, por el contrario, busque lo positivo, que perdone, porque me ayuda a encontrar una mejor solución para los problemas y me conduce a una paz mental.

Como veis, aprovecho vuestros consejos y me siento mucho mejor, más liviana, con más serenidad.

Por supuesto que me gusta relacionarme con otros humanos, hablar, reír y convivir con ellos, escucharlos, acompañarlos...porque, además, también aprendo con ellos y de ellos.

En la vida hay ocasiones para estar sola y momentos para vivir en compañía.

Tanto unos como otros son necesarios para crecer como persona.

Por tanto, siempre encontraré un momento para disfrutar de tu compañía y de la del silencio.

Nelaery

AMOR INCONDICIONAL

AMOR INCONDICIONAL

Hace unos días tuve una conversación con un grupo de amigos.

Mientras tomábamos café, a uno de ellos se le ocurrió decir algo sobre el amor incondicional.

Los demás le miraron extrañados diciéndole, medio en broma, que se había puesto muy "trascendental".

De ahí, surgió una discusión. Para unos es algo abstracto. Para otros, para mí, por ejemplo, es mucho más.

El amor incondicional es perpetuo. Nació en el principio del mundo. Es posible que el mundo naciera a partir de él.

Vive eternamente por encima del espacio y del tiempo, porque es su creador.

Para algunos, es sinónimo de Dios. (Dios es amor).

Es ese tipo de amor que construye, que se da a cambio de nada, sin intereses, sin esperar a que se nos devuelva. Se reparte de forma altruista. En ocasiones, hasta las últimas consecuencias.

Lo sentimos tanto personas como animales (porque los animales también aman de forma incondicional).

Es el origen de otros amores: paterno/ materno/ filial, amistad, romántico,...

Todos estos amores, y muchos más, tienen rasgos del amor incondicional. Y, todos ellos contribuyen al bienestar individual y social.

Se nombran otros tipos de amor referentes a bienes materiales, dinero, clases sociales, éxito,...

Pero, en mi opinión, éstos no pertenecen a la estirpe del amor incondicional.

Son la parte contraria: egoísmo, ansia de poder, subyugación...hijos del odio.

La conversación duró bastante rato, pero la conclusión fue que este amor no es, para nada, ajeno a nosotros. Que, por el contrario, está presente en nuestras vidas, aunque pase desapercibido.

Nelaery

MOMENTOS DE UNA VIDA

MOMENTOS DE UNA VIDA

Según van pasando los años, voy siendo más consciente de lo rápido que pasa la vida.

Echo la vista atrás, y veo todos los acontecimientos por los que he pasado, sin casi darme cuenta, como un soplo.

Recuerdo cuando paseaba con mi abuelo, me llevaba a los conciertos los domingos, los ratos que pasaba en familia, cuando jugaba en el parque con mi hermana y amigos, la primera vez que entré en la escuela...

Pasaron los años e hice amigos y amigas en el instituto, en la facultad, en el trabajo, en el vecindario, en los grupos en los que participé...

Recuerdo a todas las personas que encontré en mi vida, en la ciudad y en el pueblo, en mis viajes por el extranjero, los momentos que pasé con ellos y ellas, lo que aprendí y estoy aprendiendo de nuestra convivencia.

Todos han aportado algo a mi vida porque me han enseñado a ser mejor persona

(lo intento) a tratar a todos con tolerancia, a respetar sus silencios y sus decisiones, darles ánimo y apoyo en momentos en los que los necesiten.

Algunos, incluso, me han impulsado a probar nuevos proyectos.

Estoy muy agradecida a todos aquellos y aquellas que compartieron conmigo el pasado, los que siguen en mi vida, los que se están marchando...y los que llegarán.

Cada uno de ellos y ellas tiene un hueco en mi corazón.

Nelaery

PIDO PERDÓN

PIDO PERDÓN

Ante mis acciones que puedan perjudicar a otros,

Pido perdón por:

Debido a mi egoísmo, haber olvidado lo que otros sienten.

Debido a mi inconsciencia, haber obviado sus dolores.

Debido a mi orgullo, haber menospreciado las advertencias.

Debido a mi pereza, no haber asistido, a tiempo, a quien lo necesitaba.

Debido a mi incontinencia verbal, haber ofendido a quienes me escuchan.

Debido a la intensidad de mis emociones, haber malinterpretado lo que otras personas dicen.

Debido a mi cobardía, no haber defendido al indefenso.

Debido a mi ignorancia, haber hablado sin conocimiento.

Debido a mi superficialidad, haber pasado por alto los sentimientos de otros.

Pido perdón por éstos y muchos defectos más.

Como penitencia me dispongo a:

Estar más atenta a las necesidades de quienes me rodean.

A escuchar con todos los sentidos.

" A contar hasta 100 " antes de hablar.

A pensar con profundidad.

A arriesgarme en la defensa de quien lo necesite.

A controlar mis emociones.

A hablar desde la humildad.

A actuar con diligencia.

Procuraré cumplir todas estas enmiendas.

Nelaery

Muñeca en la trastienda

Este relato está inspirado en un sueño que tuve en mi infancia.

La historia transcurre en una antigua tienda donde se venden antigüedades, juguetes...y otros artículos.

La protagonista es una muñeca de porcelana vestida al estilo del siglo XIX.

Tiene una hermosa cabellera castaña con rizos sobre la frente.

Acaban de traerla a la tienda junto con otras como ella acompañadas de otros juguetes.

Inmediatamente, los tenderos les asignan un lugar en el escaparate.

La gente, desde fuera, se queda mirando la exposición.

Los niños observan ilusionados los juguetes y piden a los mayores que les compren uno.

Así, poco a poco, muñecas y otros objetos van abandonando la tienda.

Todos, menos ella. No sabe porqué es la única que se queda siempre allí.

Se pregunta adónde irán sus compañeros, qué destino tendrán.

Espera que, al menos, sean felices.

Se siente como la testigo perpetua en la vida cotidiana de la tienda. Desde su ángulo observa con curiosidad las entradas y salidas de la gente, los preparativos, las discusiones y las risas...

De vez en cuando, la cambian de lugar en el escaparate y tiene otras perspectivas.

Todos los días conoce amigos nuevos y se siente feliz, pero, del mismo modo que los anteriores, van desapareciendo de su vida.

Ignora que aquellos hermosos juguetes, por el uso continuado en los juegos y por el deterioro del tiempo, van acabado rotos en la basura.

Pasan los años y aquella muñeca que, tiempo atrás brillaba en su esplendor, también ha ido estropeándose.

Su cabello castaño ha ido perdiendo el color, tornándose de un color indefinido.

Su bonito vestido de encaje ha empezado a deshilacharse.

Como ya no luce como antes, la han trasladado a una esquina de la trastienda, junto con otros productos que han quedado obsoletos: antiguas máquinas de escribir, faroles, registradoras, ordenadores...

Piensa con optimismo que, aunque la hayan colocado en un lugar más apartado, cambiará de escenario y tendrá nuevas vistas.

Incluso se siente bien junto a todos estos objetos que ha ido conociendo a través de los años.

En este momento, acaba de llegar el camión del reciclaje y se lleva a la muñeca y sus amigos.

Ella, ilusionada y desconocedora de su destino, empieza a hacer un repaso de su tiempo transcurrido en la tienda y de aquellos con los que convivió e imagina que, tal vez, sea el momento de volver a verlos.

Mientras piensa esto, la ponen en un contenedor junto con los otros objetos y allí, efectivamente, se reencuentra con los que se habían ido antes.

En la fábrica de reciclaje la trituran junto con todos los demás y, con la mezcla resultante, consiguen una síntesis de todos ellos para fabricar nuevos elementos.

Comienza otra vida con un rumbo desconocido lleno de sorpresas.

YO NO SÉ HABLAR DE AMOR

Me gusta leer poemas de amor, o ver cómo en las películas expresan sus protagonistas, de forma tan bella, sus anhelos, experiencias, promesas, sueños...me parece verlos llenos de alegría y complicidad con sus seres amados.

Y, en ese momento, mientras los veo o los leo, me siento partícipe de esos sentimientos. Me inspiran ternura.

Me recuerdan a mis relaciones amorosas del pasado: ilusión, dudas, emociones enfrentadas, vacilación, sorpresa, complicidad, sensualidad, promesas, proyectos, ensoñación... corriendo el riesgo del desamor que me devolvería a la realidad, donde he caído en repetidas ocasiones y me ha hecho ser más cauta, pero reincidente.

Me encanta observar a las familias paseando por el campo, ver cómo disfrutan de unos días de tranquilidad, cómo los padres van absorbiendo junto con sus hijos e hijas la belleza que los rodea, cómo huelen las flores, cómo chapotean en el río, o las parejas cogidas de la mano, sin prisas, con una sonrisa eterna, como aislados en su mundo...

Me emociona ver cómo los animales, en primavera, se preparan para su rito de reproducción, el trino alegre de los pájaros, emitiendo diferentes cantos que se expanden por todos los rincones creando una sinfonía celestial, como un canto de ángeles.

O, los corzos que, con sus estridentes bramidos, llaman a las crías que se han despistado mientras están investigando nuevos horizontes con la curiosidad propia de animales jóvenes.

En el entorno, se nota una mezcla de alegría y vida que nos invita a formar parte de ese pequeño paraíso, porque el amor está presente en todo. Da una sensación de plenitud.

Por otra parte, vemos diariamente la antítesis del amor: el odio, el engaño, la venganza, el dominio...

Los vemos en las noticias constantemente:

La violencia de género y sus consecuencias.

El abuso de sustancias que matan el cerebro y cómo afectan a la salud.

Vemos todos los días cómo se destruyen la Naturaleza, el Ecosistema, en pro de la riqueza de los poderosos.

El poder y aniquilación de unas superpotencias sobre los pueblos oprimidos, usando como excusa la religión, tergiversación de ideas y de leyes, supresión de identidades, genocidios, invasiones...

De cómo los poderes políticos adormecen, entretienen y desvían a la humanidad utilizando diferentes medios para evitar que seamos conscientes de sus perversas pretensiones y que despertemos a la realidad.

Yo no sé hablar de amor, pero lo SIENTO.

No sé hablar de odio, pero lo NOTO.

Nelaery

GRACIAS A VUESTRA PALABRA

GRACIAS A VUESTRA PALABRA

Me dirijo a todos vosotros escritores, poetas, poetisas... los que, además de hacer uso de la palabra, la embellecéis.

No es por adularos. Lo digo de corazón.

Os doy las gracias porque la usáis para expresar sentimientos: amor, odio, desolación, alegrías, dudas, vivencias...y, cómo no! para hacernos conscientes de injusticias sociales, raciales, políticas, económicas...y las denunciáis con valentía y con arte.

En un mundo en el que parece que la dicción no tiene valor, vosotros se lo dais abiertamente, con elegancia.

Sois el reducto del verbo hablado y escrito, porque ahora, en las redes se va perdiendo. Cada vez economizan más los escritos, los abrevian de tal forma, que hay que estudiar para entenderlos, a veces.

Antiguamente era diferente.

Para sellar un acuerdo, no eran necesarios trámites notariales, por ejemplo. Se hacía un consejo de vecinos, y lo que allí se decía, se cumplía.

Las noticias familiares se daban por carta. Yo conservo cartas de abuelos, bisabuelos... Son cartas antiquísimas, escritas con unas letras como dibujadas, cartas amarillentas que, por algunas esquinas, tienen un color naranja.

Tienen, incluso, un olor especial, de humedad, del tiempo...

Me gusta ver cómo escribían, su técnica, sus expresiones tan escogidas, tan cuidadas, tan redichas, tan barrocas a veces.

Se preocupaban por expresar el contenido de la mejor forma. Era un arte.

Son el único testimonio de su época, junto con sus fotografías.

Siempre me ha gustado la literatura.

Cuántas tardes enteras pasé leyendo libros, soñando con sus personajes, que, luego me parecían diferentes en la televisión o en el cine, porque, según el criterio de los guionistas, cambiaban escenas que eran importantes.

Me daba la impresión de que amputaban el libro.

Los escritores siempre me fascinaron. Me parecían de otra época, de otro mundo, hasta que fui conociendo algunos, y me parecen personas normales, pero que son unos artistas, porque dominan los vocablos y transmiten sentimientos e ideas por medio de lo escrito.

Conocí a "bertsolaris" (poetas que improvisan versos al momento, en País Vasco), amigos de un compañero, también bertsolari y autor de algunas canciones, en mi centro de enseñanza, donde enseñaban su técnica a los alumnos y alumnas. La "berstolaritza" tiene una similitud con el Rap, pero dicho en Euskara, con una entonación y ritmo diferentes. Es un arte ancestral. Se dice que se remonta al siglo XV, por lo menos.

A finales de los años 90, conocí a Mario Benedetti en un centro social, en Madrid, donde vino a dar una charla sobre Inmigración y Extranjería.

Cuando le vi personalmente, no lo reconocí.

Yo estaba en la entrada y él se acercó y, con una gran sencillez, me dijo: "Hola. ¿Vos quién sos?"

Yo, creyendo que era un compañero de mi grupo que no conocía todavía, le respondí:

"B.V. de Bilbao" y él me respondió dándome la mano con una sonrisa:

"Encantado. Mario Benedetti, de Uruguay".

Me quedé fascinada y sin palabras. Sólo acerté a decirle que me encantaban sus escritos.

Seguimos hablando por poco tiempo, porque vino alguien a pedirnos ayuda.

Me pareció un señor amable, elegante en el trato. Me encantó.

Hay muchos escritores que me gusta cómo escriben. Pero, para mí, Mario Benedetti siempre ha sido uno de mis preferidos, oyéndole recitar sus poemas, sus escritos, con esa voz cálida, melódica, que transmitía cuando los recitaba.

Me gustó verle, por ejemplo, recitar junto a D. Viglietti en un concierto.

Me emocionaron los dos.

Esto es una anécdota.

Pero, seguro que vosotros tenéis muchas más que os han impulsado a escribir, a contar o a cantar lo que os sucede, lo que sentís, lo que amáis...porque se nota cuando os leo, y me lo hacéis sentir así.

Nelaery

EN MEMORIA DE UN MENDIGO

EN MEMORIA DE UN MENDIGO

Buenas tardes. No sé tu nombre. Nunca te lo pregunté, ni tú me lo dijiste.

Éramos dos desconocidos que se encontraron en la calle.

Fue una casualidad. Tú vivías junto a un museo de Bellas Artes en el parque más conocido de la ciudad, en compañía de otro señor.

Yo, por casualidad, acabé coincidiendo con vosotros en el mismo lugar, porque quedaba diariamente con una compañera para ir juntas a nuestro lugar de trabajo.

Desde el primer momento, hubo un buen entendimiento entre nosotros.

No hubo extrañeza entre personas desconocidas. Vosotros aceptasteis sin recelo mi compañía y, yo, la vuestra.

Enseguida empezamos a hablar.

Recuerdo que, un día, mientras estabas durmiendo en un banco del parque, tu compañero me dijo que pertenecías a una familia adinerada de la ciudad, pero, que tú no estabas de acuerdo con aquel tipo de vida, y que habías preferido otro modo de vida. Añadió que en esta vida elegida por ti te sentías mejor, más libre, lejos de las etiquetas sociales y de las ataduras que van unidas a éstas.

Yo no cuestioné tu elección, solamente la acepté, sin preguntas.

No me planteé si las razones que me había dado tu compañero eran las verdaderas, o eran otras.

Tú eras el dueño de tu vida y tú elegías tu camino.

Quién era yo para juzgar.

Continué hablando diariamente con vosotros el resto del tiempo que transcurrió hasta el final de curso.

Aprendí muchísimas historias que me contabais.

Erais como un libro abierto. Me abristeis los ojos para conocer un mundo de injusticias, de desigualdades, de hipocresías...

Comprendí que yo, dentro de mi comodidad, había vivido como en una burbuja y me replanteé mi modo de vida. Me hizo empatizar con personas que necesitaban apoyo y, sobre todo, respeto a su dignidad.

Fue una lección de vida, sin ninguna duda.

El curso académico acabó y no volví a veros.

Al cabo de un tiempo, oí en las noticias que habían encontrado muerto a un mendigo, en el mismo lugar en donde, tiempo atrás, os conocí.

Fui a ese lugar y tampoco vi a tu compañero.

Deposité un

ramo de lirios azules, mis flores preferidas, en el banco junto al Museo, como recuerdo y en agradecimiento por vuestra compañía y lección de vida.

Sólo deseo que, allá donde estéis, hayáis encontrado la paz.

Muchísimas gracias por todo lo que me enseñasteis.

Nelaery

¿Quién era?

La narración que voy a contar a continuación fue un hecho real.

Sucedió hace unos veinte años.

Una señora que vivía en el cuarto piso de nuestro edificio murió sin dejar, supuestamente, herederos. Por consiguiente, su piso quedó a disposición del Juzgado, en espera de encontrar algún familiar que pudiera hacerse cargo de éste.

Mientras tanto, los vecinos tuvimos que ocuparnos de todos los gastos referentes a esta vivienda.

Como en esa época yo era la presidenta de la Comunidad, iba de vez en cuando al Juzgado para ver si había habido algún cambio con respecto a este asunto.

Fue en uno de esos días cuando sucedió esta historia.

Llegué al portal de casa y, a un lado, había dos señoras hablando. Muy cerca de ellas, sosteniendo la manilla de la puerta, se encontraba un niño pequeño de aproximadamente unos tres años.

Cuando fui a entrar, me miró fijamente con una sonrisa y me dijo:

_Hola. Yo te conozco a ti.

_ Yo a ti no_ respondí extrañada.

_ ¡Sssssí! _ volvió a decir asintiendo con la cabeza.

_No. Seguro que conoces a algún niño de aquí. ¿Conoces a Julian? _ pregunté.

_ No.

_ ¿A Marisa?

_: No.

_ Pues... no sé.

_ No, no. A ti. _ insistió.

_ ¿Cómo te llamas? _ pregunté con curiosidad.

_ Dddda....

_ ¡Ah! David?

_ No_ negó moviendo la cabeza.

_Pues...no sé.

En ese momento vino su madre mostrándose muy apurada y me dijo:

_ Ya puedes perdonar. No sé qué le ha dado. Es la primera vez que pasamos por aquí y, justo al ver este portal, se ha empeñado en que quería entrar.

_ Pues vamos a dejarle entrar a ver qué hace_ le respondí.

Entramos los tres y él subió las escaleras rápidamente. Su madre lo cogió. Él se soltó e intentó subir otra vez.

El niño se reía y decía "Danie...la, Daniela" repetidamente.

Al mismo tiempo, la madre me decía:

_ ¡Qué vergüenza estoy pasando! No sé porqué se empeña en decir eso. ¡Si no conocemos a

nadie con ese nombre!

_ Igual se llama así alguna niña de su colegio. _ me aventuré a decir.

_ No. Ninguna se llama así.

La madre seguía intentando sacarlo a la calle y, mientras yo subía las escaleras, el chiquillo continuaba alzando la voz una y otra vez "Daniela, Daniela, Daniela".

Su risa sonaba como un eco.

Cuando llegué a casa, todavía me seguía resonando el nombre.

En el momento en el que abría la puerta, caí en la cuenta de que aquel niño gritaba el nombre de la señora fallecida, haciéndome sentir instantáneamente un escalofrío por todo el cuerpo.

Desde entonces, en mi memoria ha quedado como un misterio.

Algunos pueden pensar que es una sucesión de casualidades.

Pero me sigo haciendo la misma pregunta: ¿Quién era?

Yo le llamo Daniela en mi recuerdo.

MI PEQUEÑO PARAÍSO

MI PEQUEÑO PARAÍSO

Hoy me he levantado con ánimo optimista.

Influye que me encuentro en mi lugar de descanso, en plena Naturaleza donde mi pequeño mundo toma otra perspectiva.

Nada más despertar, he visto desde mi ventana cómo las crías de una familia de pájaros que ha anidado en mi balcón han empezado a hacer sus prácticas de vuelo.

Estos pequeñines han estado dando vueltas y vueltas en círculos, supervisados por la mirada atenta de sus padres, bajo un sol radiante que empezaba a hacerse camino entre una espesa y blanca niebla.

He sentido una gran ilusión, pues es alentador sentir cómo la vida se expande a nuestro alrededor, haciéndonos partícipes de tanta belleza.

A medida que se ha ido disipando la niebla, se ha empezado a descubrir, poco a poco, la vista de las montañas que nos rodean cubiertas por inmensos bosques de hayas y robles, que les dan diferentes matices de verde.

Por encima de ellas, se han empezado a ver águilas y aguiluchos sobrevolándolas en círculos, emitiendo sus característicos graznidos.

En contraste, se ha avistado un helicóptero sobrevolando nuestro espacio rompiendo, momentáneamente, el silencio con su sonido atronador.

En este mismo momento, el calor está empezando a hacer acto de presencia.

Menos mal que corre una agradable brisa moviendo rítmicamente las hojas de los árboles y los pétalos de las flores del jardín, esparciendo un conjunto de aromas a frutales, aromáticas y diversas flores.

En una casa cercana a la nuestra, se oyen las voces risueñas de los niños jugando en la piscina de su jardín, los ladridos de los perros alertando del paso de algunos transeúntes, el pío de los pájaros, el sonido de las hojas de los árboles, y tantos otros.

Algunos familiares y amigos acaban de llegar para desayunar.

Ya empiezo a oler el café y el té que están rompiendo a hervir y el pan recién tostado.

Me siento feliz de encontrarme inmersa entre tanta belleza y tanta armonía.

Es uno de esos días que se quedan grabados en nuestra memoria.

Nelaery.

NO OLVIDES

NO OLVIDES

Si en tu boca una sonrisa
con nitidez aparece,
la ira desaparece
velozmente, muy deprisa.

Si en tu faz se divisa
que de amargura adolece,
la razón pura establece
que buena cura es la risa.

Nunca olvides sonreír.
Una sonrisa abre puertas
que no puedes percibir.

No olvides que el reír
revive las almas muertas
y te ayuda a sobrevivir.

Nelaery

PAJARILLO,PAJARILLO

PAJARILLO, PAJARILLO

¿Por qué vienes a mi balcón?
A todas horas me pías,
pero de mí no te fías,
como si yo fuera un halcón.

¿Por qué buscas este rincón?
Si vienes todos los días,
con las mismas melodías
pero te vas sin ton, ni son.

Si con las mismas canciones
crees que me vas a convencer,
olvida tus intenciones.

Pues en sanas relaciones,
para un mejor florecer,
buenas son las atenciones.

Nelaery

P.D.

Pajarillo, te quiero tanto,
que escucho tu canto,
y te dejo volar.

SALUDOS,ROBLE

SALUDOS, ROBLE

Tú, venerado desde la antigüedad,
protagonista en escudos de armas,
extendiendo tus numerosas ramas,
eres una imagen de longevidad.

Tú, ícono de fuerza y prosperidad,
tus semillas generoso derramas
y así, con gran orgullo proclamas
que eres símbolo de fertilidad.

Si asociado a dioses y diosas,
en iconografías ancestrales
apareces en incontables losas;

y si, entre tus raíces generosas
sabiduría guardas a raudales,
entonces de abundancia rebosas.

CABALLO ALADO

Era un caluroso día de verano.

Tú, como cada día, habías estado trabajando arduamente bajo un sol abrasador.

Estabas agotado. Tu corazón latía fuertemente.

De repente, caíste sobre la hierba, jadeando, sin resuello.

Aun así, intentaste levantarte.

Pero no pudiste.

Yo estuve a tu lado, impotente, llorando despacio para no molestarte, para que no notaras mi preocupación.

La gente pasaba, nos miraba, algunos con pena, otros extrañados, y todos seguían su camino.

Yo te acariciaba, te acariciaba.

Sobre tus crines había gotas de sudor que se resbalaban e iban cayendo a lo largo de tu hermoso pelaje, formando perlas transparentes que, a modo de lupa, resaltaban tu precioso color marrón.

Tu disnea era cada vez más evidente, llevándote a una fatiga que debilitaba tu agotado corazón.

Fue oscureciendo. Y llegó el frío de la noche.

Las gotas de agua, producidas por tu transpiración,
, se convirtieron en cristales cortantes como cuchillos.

Fue, entonces, cuando exhalaste tu último suspiro.

Tus jadeos desaparecieron.

Yo rompí a llorar, abrazándote, mientras acariciaba tus hermosas crines.

Tú estabas tranquilo, dando la apariencia de que estuvieras durmiendo..

El agotamiento que me produjo tu pérdida, me indujo al sueño.

De repente, me despertó un destello de luz y te vi ante mí.

Ya no tenías ese aspecto de caballo exhausto.

Tu pelaje tenía un brillo extraordinario.

Estabas radiante y te movías con una agilidad que no conocía.

Observé con extrañeza, que tenías dos alas,

Abrí y cerré los ojos varias veces, creyendo que era una ilusión. Pero acabé admitiendo que eras real.

Allí, en lo alto, había otros caballos, que tenían alas similares a las tuyas y te estaban esperando.

Ya estaba amaneciendo. El sol iba abriendo paso entre las nubes poco a poco.

Tú te volviste hacia mí. Levantaste tus patas delanteras, relinchaste alegremente, como diciendo que todo estaba bien, y te uniste a los otros caballos.

Os vi volando felices entre los rayos del sol rodeados de un azul intenso, como si estuviera observando un lienzo en un museo imaginario.

Abajo, quedé emocionada mirando vuestro vuelo y vuestros alegres relinchos. Os volvisteis a mirarme moviendo vuestras cabezas, a modo de despedida, y os alejasteis volando.

Yo os seguí con mi mirada mientras ascendíais cada vez más alto, más, más...

Mi nombre es?

Mi nombre es...

Según las nubes se van retirando,
como sol resplandeciente apareces.

Con alegría en mi vida amaneces,
pura luz que mi alma va conquistando.

Suavemente y sin pausa acelerando,
con inquietud, mi espíritu enalteces.
Intensamente en mi mente floreces,
con esa fuerza que va penetrando.

Y como un torbellino en el desierto,
similar a una ráfaga de viento,
raudamente tu fiel presencia advierto.

Por la iluminación de tu ser siento,
como en las páginas de un libro abierto,
que tú eres mi gran despertar, asiento.

Nelaery

Tu tierna sonrisa

Abrázame con tu tierna sonrisa,
como esa rosa que nunca perece
ésta que con su presencia engrandece
el iris de tu mirada en la brisa.

Tu clara luz, mi espíritu divisa
un rayo de sol que llega apacible
con esa paz honesta que establece
tu verde pupila de herbal melisa.

Quiero tu amor al día recibir,
y abrir de par en par todas las puertas,
a ese ensueño que me hace revivir.

Con este ideal sabré conseguir
que todas esas historias abiertas
sean nuestro gran destino a seguir.

Autores: Nelaery y Salva Carrion

Paisaje onírico

En las profundidades del Bosque Azul, donde las ramas de los árboles de amatista tañían una sinfonía perceptible solo por el fino viento, vivían unos gnomos de cuerpos traslúcidos. Sus puntiagudos capirotes rojos contrastaban con el cielo turquesa. Las nubes azules flotaban como bajeles silenciosos sobre una alfombra de hierbas frescas.

Cerca de allí, a la orilla de un apacible lago rosa, las hadas jugaban y saltaban entre nenúfares de terciopelo azul. Sus delicadas alas desprendían diminutos puntos luminosos que creaban remolinos de fuegos fatuos antes de zambullirse en las aguas perfumadas. Sus risas juguetones resonaban como el tintineo de pequeñas campanillas malvas que adornaban las frondosas riberas de los riachos.

Los duendes verdes, con sus barbas de musgo dorado, correteaban por los claros alfombrados de tréboles escarlata. Una lluvia de finas perlas amarillas caía en silencio sobre la tierra vaporosa. Los pequeños juguetones se apresuraban a recogerlas para cocinar un festín con mieles iridiscentes y algodones de azúcar multicolores. Creaban mermeladas de sueños, removiéndolas lentamente en los grandes calderos que solían usar para sus ancestrales pociones.

De pronto, un orbe esmeralda gigante apareció en el cielo, inundando la tierra con múltiples reflejos nacarados que impregnaron el horizonte con una calma acogedora. Los tréboles, grandes y rojos como suaves amapolas, invitaban a bailar descalzos sobre el mullido suelo. Los duendes sintieron la irrefrenable necesidad de danzar y alabar el majestuoso espíritu de aquel nuevo día.

Al otro lado de la floresta, en la pradera de algodón blanco, un arcoíris de caramelo se desplegó en un inmenso abanico de tules fulgentes. Ríos de diamantes rosas fluían revoltosos, reverberando una melodía acuosa que deleitaba a todos. Una bandada de flamencos de cristal surcaba el aire con sus alas transparentes, expandiendo nuevos tonos jaspeados y destellos sobre aquel escenario de ensueño.

Las hadas, sintiendo la energía benévola, iniciaron un baile de bellas coreografías, flotando sobre ondas de sedas gaseosas. Un viento con aroma a menta soplaba tenuemente, elevando las hojas policromadas del suelo ocre hacia el cielo decorado con esponjosas nubes de algodón.

Gnomos y hadas, colmados de alegría, entrelazaron sus manos para bailar en corro alrededor de una gran hoguera de rutilantes estrellas.

El sol esmeralda se posó sobre las copas de los árboles, tocando acordes de pentagramas de ilusión. Los ríos de diamantes fluían plácidos entre los abedules morados. El bosque se llenó de una amalgama de arpegios circulares, sonidos hipnóticos y brillos que colmaban de felicidad cada rincón de aquella naturaleza pletórica de fantasía.

Y, en ese día de sinfonías y aleluyas, la magia creó un universo nuevo y maravilloso.

Autores: Nelaery&Salva Carrion

Peripecias del hada Titania I

Un hada torpe en el Bosque Nevado

Titania era un hada. Y ése era, precisamente, su mayor problema. Poseía un talento innato para la calamidad, una habilidad tan pulida como la purpurina, las mariposas rosas y cualquier elemento mágico con un mínimo de instinto de supervivencia huían despavoridos a su paso. Sus desgracias quedaban fuera de las sutilezas melancólicas o consideraciones románticas. más bien dejaban una estela de evidentes desastres incómodos. En su extenso historial de "gestas épicas" figuraban hitos como derribar colmenas de abejas con problemas de ira o confundir a osos pardos en plena hibernación con alfombras especialmente mullidas.

Fue una gélida noche de invierno cuando su pie encontró una placa de hielo traicionera. El resbalón no sorprendió a nadie, pero la estruendosa aparatosidad de la caída hizo que hasta los búhos cerraran los ojos por lastimera empatía y no morir de carcajadas.

?¡Maldito infierno y sus infernales placas de hielo! ?exclamó Titania, aunque el insulto sonó más como un gorgoteo, ya que tenía la boca atiborrada de nieve.

Se levantó con la dignidad maltrecha y un pegote de nieve adherido a su retaguardia. Cojeaba tambaleándose y sus finas alas, que en teoría debían de ser un prodigio de elegante fineza, ahora parecían dos pañuelos arrugados y mojados. Chorreaban una tristeza tan pegajosa que hasta los copos de nieve a su alrededor se encogieron de hombros con resignación, desviando su tranquila trayectoria evitando chocar contra ella, como no queriendo contagiarse de su mala suerte.

Para empeorar la situación, el Bosque Nevado que ya llevaba un par de siglos soportando sus impericias, se estaba quedando sin paciencia vegetal. Los aterrizajes forzosos de Titania habían aplastado más brotes verdes de invierno que una estampida de renos con prisa, y sus hechizos de embellecimiento personal habían convertido un venerable abeto milenario en una especie de escoba de bruja adornada para un aquelarre de maleficios.

?¡Otra vez ella! ?se quejó un roble centenario agitando sus ramas desnudas hacia un grupo de chopos jóvenes que ya consideraban declararse en huelga de fotosíntesis?. Con cada patinazo, este bosque se llena de más miseria. ¿habéis visto cómo dejó la ladera del Cerro del Suspiro Congelado? Parece que por allí ha pasado una manada de troles con resaca.

Y, para colmo, esa noche empezó a caer nieve ácida. O eso juraba Titania, mientras se frotaba los ojos para aliviar el picor. Lo cierto es que eran solo lágrimas de frustración que su orgullo de hada se negaba a reconocer.

?¡Estos sucesos empobrecen mi rol de ninfa mágica! ?gimoteó, resbalando de nuevo y aterrizando sobre una pila de bellotas congeladas con un sonoro "¡Ouch!".

La gota que colmó el vaso para el Bosque Nevado llegó durante una noche de fatal insomnio para Titania.

Cansada de ser el constante amortiguador de sus caídas, la Reina de las Nieves se le apareció. Viendo que todos los habitantes del bosque y ella misma eran víctimas constantes de los traspiés causados por la torpeza de la pobre Titania, decidió retarla a un duelo.

?Basta, Titania ?sentenció la Reina con una voz que recordaba al crujir de un glaciar?. Eres un peligro público para el ecosistema. Te reto a un duelo para decidir tu permanencia en estos

dominios.

Pero no sería un duelo de varitas o espadas; eso sería demasiado limpio. El arma elegida fue una humilde escoba de barrer, y el escenario, el "Foro de los Bardos Cursis". Un claro escondido entre alerces viejos donde los trovadores druidas se reunían para perpetrar poemas insufribles. Titania los llamaba "los bardos del meconio", pues sus versos le provocaban una migraña inmediata.

?¡Protesto por la elección del lugar! Los insoportables falsetes de esos poetastros dañan los oídos? gritó Titania, empuñando una rama rota como si fuera la Excálibur de las hadas.

La batalla fue tan épica como ridícula. La Reina de las Nieves, altiva y majestuosa, se organizó en pequeñas ventiscas que arremetieron contra ella con furia invernal. Titania patinaba frenéticamente intentando golpear a la Reina con su rama, mientras ésta le lanzaba copos de pedrisco seco.

Mientras tanto, los bardos, observando a distancia prudente esa pelea y con un resfriado monumental, seguían recitando:

"Oh, escarcha diamantina del alma pura, que besas el rocío etéreo al alba nocturna..."

El público de la batalla, ajeno al origen de la contienda, eran los árboles, y algunos habitantes curiosos. Al final, no hubo un ganador claro. La Reina terminó un poco más "evaporada" de lo habitual por el esfuerzo y Titania acabó un poco más destartada, y con un nuevo chichón en la cabeza. Además, su varita mágica quedó partida en dos trozos y, siendo ya noche cerrada, no pudo encontrar la parte perdida.

El Bosque Nevado suspiró aliviado. Al menos por esa noche, la incapacidad de Titania había encontrado un nuevo y peculiar escape. El hada torpe, después de días vagando por el lugar y aguantando otras caídas y golpes, decidió buscar un cobijo seguro para poder descansar y recuperar su dignidad herida, encontró una cabaña de leñador y entró para refugiarse.

Como no había luz, entró a tientas tropezando con cada mueble. Se cayó y avanzó a gatas por el suelo, palpando la oscuridad hasta que sus manos dieron con lo que parecía ser un camastro. Exhausta, después de tanta lucha, se dejó caer sobre el catre y, en ese instante, oyó un inesperado quejido que le erizó su cabellera. El grito lastimoso venía del catre mismo sobre el que se había lanzado. No podía ver nada, aunque pronto descubrió quién era el causante del aullido.

Había aterrizado directamente sobre el pecho de un leñador que dormía plácidamente. Para colmo de males, la media varita que Titania aún sostenía se había clavado en la frente del hombre, rozando peligrosamente su ojo.

El hombre, sin saber qué tenía encima, apartó el pesado bulto con fuerza, tirando a la pobre Titania contra el suelo.

Atónito y dolorido, el leñador encendió un candil. Bajo la luz vacilante de la llama, el leñador, medio aturdido y con el juicio nublado por el golpe, miró a la extraña criatura. Titania estaba sentada en el suelo, despeinada y con los ojos abiertos como platos. Por un extraño capricho del destino (o quizá por la conmoción cerebral), el leñador no vio a un hada desastrosa, sino a la mujer más bella que jamás hubiera pisado el bosque.

Titania, con la cabeza todavía dándole vueltas, notó el hilo de sangre deslizarse por la frente del leñador y se sintió culpable. El instinto de ayudar superó su desconcierto. Miró la herida causada, Arrancó el trozo de madera de la frente de aquel hombretón e invocó el poder benefactor que quedaba en el resto de su varita y profirió un soterrado hechizo curativo. Y para su propia sorpresa, la magia hizo su trabajo. La herida se curó al instante, y el brillo de la sanación envolvió el lugar.

Para su sorpresa la magia había funcionado. Una gasa de luz cálida y pura envolvió la herida, cerrándola al instante sin dejar ni rastro de cicatriz. El leñador, suspirando con una paz que no conocía, se desplomó de nuevo en su colchón, sumido en un sueño reparador.

Y las cosas empezaron a salir tan aceptablemente bien que Titania empezó a ser considerada un hada igualmente torpe, pero algo más bondadosa.

Mientras tanto, los copleros resfriados seguían en su mundo, sin saber que casi habían sido barridos por un hada y una montaña de nieve, en una protesta cósmica contra sus rimas descabelladas. Quizás el bosque disfrutaría de unos días de paz antes del próximo desastre que, sin duda, volvería a protagonizar aquella hada torpe.

Y los bardos, sin saber la verdad detrás de la historia, cantarían las peripecias de esta memorable hada Titania.

*Autores: Nelaery & Salva Carrion

Peripecias del hada Titania(II)

Peripecias del hada Titania (II)

Recordemos al leñador herido en su cabaña: un fuerte golpe en la cabeza y la varita del hada clavada en su frente lo habían desorientado. Al principio, en medio de la confusión creyó que Titania era la criatura más hermosa del mundo. Un momento después, cuando su mente se despejó, la cruda realidad lo golpeó: no era una ninfa celestial, sino un ser torpe que casi lo deja sin un ojo.

Sin embargo, leñador no podía ignorar un detalle asombroso: la magia caótica de Titania había sanado su herida por completo, sin dejar rastro de cicatriz. Convencido de que la varita rota del hada tenía un poder único, la reparó y le razonó una propuesta:

?No tienes que ser la más prestigiosa ni la más perfecta. Solo tienes que aprender a controlarte. Yo te ayudaré, y a cambio, me darás un poco de tu magia para proteger mi hogar del frío y de las criaturas de la noche.

Titania, cansada de ser un desastre andante y sin más opción, aceptó un poco resignada. De esta manera amable, el leñador se convirtió en su inusual mentor. Le enseñó a canalizar su magia a través de tareas sencillas: en lugar de lanzar hechizos grandiosos, debía arreglar goteras, encender la chimenea con un solo soplo o transformar ramas caídas en leña. Le mostró que la verdadera magia no reside en lo espectacular, sino en la utilidad y el control.

Mientras tanto los bardos, que ya conocían esta curación milagrosa, también empezaban a comprender esta inusual y nueva relación. Ahora elogiaban al hada, y sus nuevos cantos versaban sobre "La majestuosa bruja buena que curó al valiente leñador". Los rumores de su prestigio crecían sin que ella se diera cuenta. La razón verdadera se encontraba en la cabaña, donde el hada torpe vivía provisionalmente, y por fin aprendía a dirigir su poder, no con arrogancia, sino con la sencilla pretensión de hacer las cosas bien.

El leñador, con su pragmatismo habitual, le dio el consejo más sabio que pudo:

?No trates de curar el bosque, Titania. Ayúdalo a recordar lo que ha olvidado para que pueda aprender de sus errores.

Con su varita y una recién adquirida confianza en sí misma, Titania se dispuso a afrontar nuevos desafíos. En lugar de lanzar hechizos caprichosos, decidió realizar acciones bondadosas que iban más allá de la magia.

Primero, se dirigió a la madriguera de unas ardillas que peleaban constantemente por las bellotas. Titania encontró a Pinky, una ardilla joven y ambiciosa, con el hocico hinchado debido a una pelea con otra ardilla por disputar una bellota especialmente grande. En vez de curar su herida con un simple hechizo, el hada se sentó y observó. Se dio cuenta de que el problema no era la falta de bellotas, sino la falta de confianza entre ellas. Las ardillas escondían sus provisiones en ciertos lugares del bosque, desconfiando las unas de las otras.

Titania decidió intervenir de una manera diferente. Usando su magia de una forma que ni siquiera el leñador le había enseñado, hizo que un solo puñado de bellotas se multiplicara. No se limitó a crear más, sino que las hizo aparecer en casi todos los rincones del bosque. El efecto visual era impresionante, pero la lección era más profunda. Al ver que había más que suficiente para todas, las ardillas dejaron de pelear entre ellas. Pinky sanó su abultada nariz rápidamente y quedó más

guapa que antes del golpe.

Titania no se detuvo ahí. Su magia también dio a las bellotas un resplandor suave y cálido que solo era visible para las ardillas, un brillo que simbolizaba la generosidad. Con ese gesto, Titania les enseñó que la verdadera riqueza no está en la acumulación, sino en la seguridad de saber que hay suficiente para todos y en la ayuda mutua. A partir de ese día, las ardillas comenzaron a compartir sus bellotas y a trabajar unidas, demostrando que la mejor magia es la que nutre a la comunidad.

*Autores: Nelaery & Salva Carrion

Peripecias del hada Titania (III)

Peripecias del hada Titania (III)

Por el corazón del Bosque Nevado, donde los inviernos eran tan milenarios como los propios árboles, paseaba el hada Titania meditando sobre cómo mejorar el hermoso entorno natural del bosque. A diferencia de sus colegas, no poseía la gracia innata de las hadas, sino que todavía conservaba una ligera torpeza que la perseguía inseparablemente a su sombra. Sus tropiezos y aterrizajes solían acabar en estruendosos cráteres y sus hechizos de purpurina transformaban a los conejos blancos en esferas de nieve parlantes.

A pesar de sus esfuerzos, su magia era un arma de doble filo que, a menudo, causaba más desastres que beneficios. Sus compañeras, perfectas y etéreas, la veían con una mezcla de lástima y burla, relegándola al último escalón de la jerarquía. Titania, consciente de su condición, pasaba la mayor parte del tiempo refugiada en la discreta cabaña de su nuevo amigo el leñador; un hombre solitario y gruñón que, con el tiempo, se había convertido en su único sabio consejero y confidente.

Sucedió que el bosque se enfrentó a un inesperado desafío cuando una extraña enfermedad, a la que los sabios ancianos llamaron la "Flor del Odio", comenzó a marchitar las raíces de los árboles. La flor no era un hongo, sino un parásito que succionaba la vida de los árboles volviéndolos frágiles y quebradizos. Ni los conjuros más poderosos ni las pociones más antiguas lograban erradicarlo. La desesperación se apoderó de las hadas, que, sin más opciones, buscaron la ayuda de Titania, esperando una de sus sorprendentes soluciones.

Titania, con más intuición que poder, no recurrió a la magia esta vez. En su lugar, le pidió al leñador que la ayudara a talar los árboles infectados. Las hadas protestaron, viendo en ese acto una herejía contra las tradiciones. Sin embargo, Titania había observado algo crucial: "La Flor del Odio" solo crecía en la oscuridad y en los cúmulos de podredumbre.

El leñador cortó los árboles enfermos, y Titania, con un simple toque, hizo que la luz del sol se filtrara entre la densa enramada disolviendo los odiosos microorganismos que flotaban en el aire.

La enfermedad no se curó con magia, sino con la combinación del trabajo duro del leñador y una lógica funcional del hada.

Los bardos, asombrados, cantaron una oda sobre cómo "Titania purificó la oscuridad con la luz de su corazón".

Pero la verdad, que solo ella y el leñador conocían, era más simple: a veces, el mejor hechizo es un hacha bien afilada y un poco de sentido común.

Autores: Nelaery y Salva Carrion.

Peripecias del hada Titania (IV)

Los últimos éxitos de Titania se propagaron por todo el verde orbe forestal, a pesar de sus antiguas inseguridades que todavía seguían incomodando su interior. Titania comprendía que debía esforzarse un poco más para superarlas.

Sobre esta circunstancia propia estaba meditando cuando una mañana, por medio de los elocuentes trinos de Kerencio, un colorido ruiseñor mensajero, recibió la convocatoria del Gran Alerce, el árbol más longevo del lugar y, a la par, gran patriarca del bosque, para comunicarle el acaecer de un nuevo y terrible incidente: "El Corazón Helado" provocado por el Mago Kaldurio; el cual estaba resentido por haber sido excluido de la Asamblea General de Magos Sabios, como sanción por el mal uso de sus artes en contra de la naturaleza.

Este mago había proferido un terrible conjuro que congelaba las emociones y la calidez de todos los seres vivos, convirtiendo sus corazones en piedras volcánicas, inertes y frías.

Ocurrió que las risas se extinguieron, emergieron antiguas rencillas y los abrazos se convirtieron en espinas agudas. Los cantos de los bardos se volvieron aún más insoportables y carentes de toda emoción lírica.

El Gran Alerce, con su tronco rígido por la frialdad del ambiente, le explicó a Titania que su magia característica era la única esperanza que podría salvarlos.

Por sus experiencias anteriores, Titania comprendía que sus buenas artes por sí solas no serían suficientes y decidió emplear una estrategia diferente para combatir el embrujo.

Este plan seguiría diferentes pasos.

Por la mañana acudió al claro donde los rapsodas solían ensayar sus estridentes cantigas y, viendo que estaban adormecidos e indolentes, les recordó que la finalidad de su talento también integraba el relato de las antiguas gestas para que las nuevas generaciones no olvidaran el legado histórico de sus ancestros. Y, claro, aprovechó para contarles la historia de su cómica primera caída, llena de torpeza y desdicha, provocando en ellos las primeras risas que hacía días que no se escuchaban en el bosque. Éstos se sintieron más animados y motivados.

Luego se sentó a la sombra del Gran Alerce a quien acompañó durante toda la tarde, con el fin de traerle a la memoria algunas historias sobre los pequeños sucesos cotidianos que ella presenciaba cada día en el Bosque Nevado.

El venerable árbol comenzó a sentir su habitual y cálida energía en el interior de su milenario tronco, y pronto empezó a sonreír de nuevo imbuído por este buen ánimo, contagiando su espíritu a los demás árboles y plantas del Bosque Nevado.

Poco a poco, Titania fue sintonizando su propio sosiego y armonía con todo el hábitat. Las emociones volvieron a emerger de forma natural y a llenar de contento el lugar.

Con este renovado ambiente de júbilo, los gnomos reanudaron sus reuniones alrededor de su acostumbrada y ritual hoguera para escuchar las narraciones de los hechos más hilarantes que habían protagonizado algunos habitantes del bosque.

La compañía optimista de Titania se extendió por el frondoso verde corroborando que su sana disposición por sí sola era capaz de transformar lo negativo en algo positivo.

No nos hemos olvidado del Mago Kaldurio. ¿Qué sucedió cuando vio que la buena sintonía había regresado al bosque?.

Continuando con su empeño de fastidiar el entorno, empezó a usar nuevos sortilegios y triquiñuelas, sin éxito alguno. Resignado, y viendo que éstos eran estériles ante el nuevo buen ambiente general que retornaba a la floresta, optó por recoger todos sus bártulos maléficos, abandonando el bosque enfurruñado y sintiendo el peso de la humillante derrota.

Los bardos cantaron esta nueva hazaña de Titania, elogiando el calor que su buen corazón había irradiado sobre los demás, deshaciendo así el hielo que había congelado y alterado el habitual ritmo del lugar.

Los ánimos y la concordia retornaron a los habitantes de este bosque tan amigable y comfortable para todos.

Y el astro Sol volvió a caldear la vida cotidiana, gracias a la mediación acertada de la casi menos torpe hada Titania.

*Autores: Nelaery & Salva Carrion

Ensueño de Fénix

Las primeras notas de un viento ancestral acariciaron el verde dosel de los árboles milenarios, musitando a la naturaleza recuerdos olvidados. El aire, denso y húmedo, anunciaba la promesa de un nuevo amanecer. El Fénix, envuelto en su plumaje de fuego, se posó sobre la rama más robusta de un roble amarillo y escuchó con atención la reverberación de su propio cántico en la brisa. Su melodía se fundía con el latido sereno del bosque. Un fuego helado procedente del tiempo primigenio consumió todo el cuerpo de la mítica Ave que quedó reducido a unas blancas cenizas inmutables, recogidas con esmero por invisibles deidades y depositadas en la sagrada urna al cuidado hermético de los siguientes eones del Universo.

Amaneció un nuevo período en la fértil Tierra Azul. En el Cielo resonaron salmos y unos querubines de oro traslúcido danzaron sobre las delicadas nubes de vapor celeste. La vida se enardecía con su eterno ciclo de esplendor.

En lo profundo del valle, la cuenca del río se estrechaba en un cañón de altas paredes. El agua, diamantina y ágil, se deslizaba entre alegres cascadas que caían como lágrimas de esmeraldas sobre las rocas profusamente cubiertas de algas rojas y musgos de azul intenso. El fluir sosegado del río, junto al melódico son del Fénix, creó una sinfonía que resonaba en todos los rincones de la exuberante naturaleza, elogiando el ineludible retorno de la vida.

En las cimas de las montañas, bajo un cielo de turquesa vibrante, los cóndores azules planeaban señoriales, dibujando estelas luminosas en el cielo. Más abajo, en las lagunas de rosadas aguas, unos patos de plumaje irisado se deslizaban con serena elegancia. Sus cuerpos, pequeñas gemas flotantes, reflejaban el fulgor del Sol inundando el amanecer del esperado día, con un estallido de colores soñados y flores frescas.

Un aura suave, perfumada con el aroma de los ingentes pétalos de la primaveral niña, rozó la piel de unos zorros plateados que correteaban joviales por el inmenso bosque. Éstos detuvieron su carrera y se dejaron envolver por el soplo sedoso del viento. Acostados sobre la blanda hojarasca, cerraron los ojos y sus cuerpos tersos se relajaron asumiendo un gesto de tranquila docilidad. La floresta entera parecía contener la respiración en un éxtasis de maravillosas sorpresas. Todas las criaturas en perfecta armonía con el entorno compartieron el amor de ese bello momento.

De repente, una luz cegadora brotó del corazón del bosque milenario, una fuente resplandeciente que parecía provenir de la memoria ancestral de los siglos. Las cenizas níveas, que habían reposado en la alta cumbre de blandas rocas, se encendieron con el fulgor de mil estrellas de platino. De ese volcán fulgurante, resurgió el Ave Fénix más mayestático que antaño, con su plumaje de fuego brillando con renovada intensidad y hermosura.

Un grito de triunfo surgido de la eternidad del pasado llenó todo el horizonte de fosforescencia mágicas. Fénix alzó el vuelo hacia los cielos eternos. Sus alas alearon una sinfonía de carmesí y oro que contrastaron con el azul luminoso del excelso firmamento. Durante un instante, el altivo Ave Fénix, dueño y consciente de su renacido tiempo, mantuvo su mirada fija en el horizonte, y se dirigió allá donde los cielos de jade esperaban su llegada: un fresco anuncio del inicio de un nuevo y glorioso ciclo del Cosmos.

*Autores: Nelaery & Salva Carrion

Peripecias del hada Titania (V)

Tras superar el maleficio del "Corazón Helado", Titania había transformado sus inoportunas torpezas en conmovedores aciertos. Su floreciente reputación llegó a oídos de Elikoldo, el Guardián de las Estrellas. Este ser de larga estirpe era un majestuoso búho de blanco inmaculado, cuyos ojos reflejaban la sabiduría de los siglos. Su excelsa misión consistía en vigilar los Cristales de la Luna, unas formaciones luminosas que crecían en las cuevas más profundas del Bosque Nevado. Estos cristales solían encenderse con Luna llena, sirviendo de guía a las criaturas perdidas.

Sin embargo, hacía un tiempo que los Cristales se habían apagado. Un silencio misterioso había ensombrecido las cuevas. Los otros guardianes, incapaces de comprender la causa del apagón, no pudieron enmendar aquella tragedia que incrementaba la oscuridad de los caminos. Elikoldo, abrumado por el fracaso, se sentía inútil y desesperanzado.

Titania, alertada por las criaturas de la superficie, se aventuró a entrar en las profundidades de la cueva. Allí encontró a Elikoldo acurrucado en el suelo, con sus plumas desordenadas y una mirada ausente. No mostraba ningún signo de enfermedad, solo una profunda melancolía. Otras hadas habían intentado reanimarlo con sus artes más eficaces para que se levantara y reanudara su tarea de mantener encendidos los cristales, pero todo esfuerzo había resultado en vano.

Titania se sentó con calma junto al búho, acariciando suavemente su cabeza. Descartó usar su varita, aún a medio arreglar tras el remiendo provisional del leñador, y decidió probar otra forma de ayuda.

¿Elikoldo, dime qué te consume? susurró Titania, su voz tan ligera y amable como el aleteo de una mariposa.

El búho levantó su nivea cabeza. Sus grandes ojos ambarinos, llenos de pesar, se fijaron en ella.

¿Siento un vacío, pequeña Titania? respondió con un ulular apenas audible. Soy un guardián apagado, un ave vieja y tonta incapaz de cumplir con su cometido. Los cristales se apagaron y mi buen espíritu se fue con ellos.

¿Los cristales callan, es cierto? dijo Titania con una leve sonrisa, sin quitar la mano de su cabeza. Pero las estrellas siguen ahí, ¿verdad? ¿Acaso han dejado de existir solo porque tú no puedes verlas en este momento? Tú eres el principal Guardián de las Estrellas, Elikoldo. ¡Anímate! No te rindas. Podemos encontrar una solución. Juntos vamos a intentarlo. Mira. Observa qué belleza nos muestra el Cosmos.

Titania se enderezó y, con unos trazos delicados de su frágil varita, comenzó a dibujar sobre la roca húmeda del suelo unas réplicas exactas de las constelaciones: Casiopea, los dos Carros, el Lince, la casa de Cefeo... las mismas que Elikoldo había memorizado durante milenios. Titania le mostró que, incluso en la oscuridad de la cueva, las estrellas seguían brillando en toda la bóveda celeste.

-¿Ves qué maravilloso es nuestro Universo, querido búho? Te necesitamos. No te des por vencido. Te lo digo yo, que, aunque no soy un hada perfecta, continuo mejorando. Ten en cuenta mis estrepitosos fracasos y aprendamos a sonreír.

¿Recuerdas cuando intenté participar en el concurso anual de vuelo rápido?". En plena carrera, me crucé con Gerencio, el ruiseñor mensajero y, para evitar derribarlo, me desvié de la trazada y choqué estrepitosamente contra la copa del Gran Alerce. Todos los habitantes del bosque se morían de la risa. Resultó bastante cómico y humillante, la verdad. Pero, bien pensado, fue una

acción noble para evitar lastimarlo. Me conformo con eso. Lo importante es servir de ayuda a los demás, sin importar nuestro orgullo personal.

Elikoldo prestaba atención; un ligero atisbo de sonrisa se dibujó en su pico y un destello parecía regresar a su mirada.

Cuando Titania terminó, esbozando un gesto de satisfacción, Elikoldo se levantó. Con el ánimo renovado se acercó a los cristales. Sus ojos, ahora llenos del esplendor de antaño, captaron un rayo de luna que se filtraba por una grieta en la bóveda de piedra. El Gran Búho se liberó de su melancolía y dirigió ese haz luminoso hacia los cristales que comenzaron a resplandecer después de tanto tiempo oscurecidos.

Las formaciones iridiscentes destellaron en las constelaciones que Titania había dibujado en el suelo, reconociendo la imprescindible labor de su guardián.

El verdadero resplandor no siempre reside en los grandes artificios deslumbrantes. A veces es obra de la paciente comprensión de un amigo que nos recuerda nuestra propia fuerza interior para superar cualquier obstáculo.

*Autores: Nelaery & Salva Carrion

Peripecias del hada Titania (VI)

PERIPECIAS DEL HADA TITANIA (VI)

La cabaña de primeros auxilios y los bardos afónicos.

El Bosque Nevado solía ser un lugar de constantes sobresaltos gracias a Titania, un hada más célebre por su propensión a los tropiezos hilarantes que por su magia. Antes, las criaturas la evitaban, aterrorizadas por los destrozos involuntarios que seguían a sus caídas más aparatosas. Sin embargo, su propia torpeza, de la que siempre se levantaba con admirable resiliencia, forjó en ella una habilidad inesperada: la de sanadora.

Tras cada caída estruendosa, Titania aprendía algo nuevo sobre huesos rotos y heridas. Ahora, una nueva percepción florecía entre los habitantes del bosque. Las criaturas accidentadas acudían a ella con una confianza inusitada: un ciervo con una pezuña rota, un pájaro con un ala quebrada, un zorro con la cola enredada. La antigua y rústica cabaña del leñador se había transformado en un hospital improvisado. Con su media varita ?la otra mitad se había partido en su caída más famosa? y un ingenioso surtido de hierbas y ramas secas, Titania aplicaba tablillas y cabestrillos con una destreza sorprendente.

Al principio, el leñador fruncía el ceño, molesto por el constante ir y venir de pacientes heridos. Pero la dedicación incansable del hada y la evidente necesidad de las criaturas lo ablandaron. Con el tiempo, él se convirtió en un ayudante eficiente, construyendo pequeñas rampas para los animales convalecientes y mullidas camillas de paja.

Un atardecer, una sombra inmensa bloqueó la puerta. Eran los bardos, un grupo conocido por sus estridentes y desafinadas canciones que, en ese momento, lucían narices rojas y ojos tristes.

- ¿Qué os sucede, amigos?, preguntó Titania con su voz suave, inspeccionando sus cuerpos.

-No tenéis extremidades rotas ni heridas visibles. ¿Qué os trae a la cabaña?,

Los desvalidos bardos, apenas capaces de balbucear unas palabras, le explicaron su repentina dolencia.

--Parece que estamos resfriados. Tenemos el corazón mudo, gimoteó Sinfokadio, el líder. No podemos cantar. El invierno se acerca y, sin nuestros gloriosos cánticos, el silencio del bosque será insoportable.

Titania miró al leñador. Sin mediar palabra, él recogió un puñado de hierbas aromáticas, las machacó en un cuenco de madera y añadió miel y unos frutos silvestres. Los acatarrados cantores bebieron la agradable pócima. Casi de inmediato, notaron una mejoría en sus gargantas.

Y entonces, ocurrió lo inevitable.

Los poetastros, exultantes, rompieron en un orfeón de aleluyas tan estridentes y lastimosamente desafinadas que resonaron con violencia por todo el Bosque Nevado.

Y cantaron...

"?Miii aaAABeEEetoOOO EEs el MáAAaaSSS veEEerrdDEEEE ?;

"? yYyY tRRililnaAAan looOss rulliseñoreeEESS ? (desafinando).

Los animales, horrorizados, se taparon las orejas y organizaron una comisión de afectados acústicos para suplicar a Titania una acción de emergencia.

-¡Por favor! Es insoportable este ruido- se quejaban las aves.

-Me duelen los oídos- protestaban los jabalíes.

-Detened ese escándalo. Hasta a los árboles se les caen las hojas horrorizados- añadían los corzos.

El hada comprendió al instante la angustia colectiva y, con un rápido y deliberado movimiento de su media varita, sumió a los vates en una afonía temporal.

El habitual ritmo del bosque ?el murmullo del viento, el crujir de las ramas, el trino de los pájaros? retornó al instante.

- ¡Qué paz! Ha vuelto la armonía- reconoció Titania.

-Los trovadores se tomarán un descanso- añadió el leñador.

Y todos volvieron a disfrutar de una paz y tranquilidad forestal, al menos, durante un corto periodo de tiempo.

Titania había logrado algo que por una vez parecía imposible: un concierto de sonos de la espesura que fue el mejor bálsamo para la sosegada pervivencia del bosque entero.

*Autores: Nelaery & Salva Carrion

Saludos, pequeño gorrión

Buenos días mi pequeño gorrión.
A mi terraza traes la alegría,
con la seguridad de quien confía,
en animar mi triste corazón.

En la ventana dejas un plumón
como muestra de tu fiel compañía,
y en mi alma se instala suave armonía
al oír tu melodiosa canción.

Con gran anhelo tu visita espero.
Pues es tan grande la ilusión que siento,
que llegue pronto el nuevo día quiero.

Del bien y la paz eres mensajero,
y en mi mente con claridad presiento
que tú eres un amigo verdadero.

Nelaery

Dedicado a Salva Carrion

Peripecias del hada Titania XVII

El regreso de la Reina de las Nieves

El manto blanco comenzaba a transformar el paisaje en el hogar de Titania. El hada rebosaba alegría; sentía la profunda satisfacción de haber cumplido su misión: reunir los cinco corazones necesarios para que la Arborigenia, el espíritu vital del bosque fluyera de nuevo, revitalizando el hábitat de sus pobladores.

Acompañada por su fiel amigo, el Leñador, Titania fue al encuentro de Akelia. La ninfa los aguardaba con una mezcla de júbilo y orgullo; por fin, la esencia vital recorría las venas del Dosel Viejo, devolviéndole su lozanía. Fue un instante sublime: los tres se fundieron en un abrazo tan cargado de emoción que de sus ojos brotaron pequeñas lágrimas irisadas.

Sin embargo, la paz fue efímera. Unas voces estridentes rasgaron el silencio y, extrañados, se dirigieron con premura hacia el origen del griterío. A medida que avanzaban, el paisaje se tornaba lúgubre, casi alienígena. Caían copos de nieve agrios y sucios que, al tocar el suelo, se convertían en un lodo espeso que anegaba el esplendor del bosque.

Al llegar, presenciaron una escena insólita: la Reina de las Nieves increpaba enfurecida al mago Kaldurio, eterno enemigo de la espesura, mientras este retrocedía con gesto esquivo.

¿¡Mira cómo ha quedado mi vestido! ¿exclamaba la soberana, señalando sus ropajes arruinados por el hechizo?. ¿Exijo que repares este desastre de inmediato!

La Reina, vencida por la indignación, se dejó caer sobre la nieve manchada. Con sus galas embarradas y el ánimo por los suelos, estaba a punto de quebrarse en sollozos.

¿Buenos días, señora. ¿Qué ha ocurrido aquí? ¿preguntó Titania con voz conciliadora.

¿¿Acaso no es evidente? ¿replicó la Reina con aspereza?. ¿Has venido a burlarte de mi desgracia?

¿En absoluto ¿respondió el hada con calma?. Mi única intención es ayudarte.

¿¿Ayudarme tú? ¿bufó la malhumorada dama?. No me fío de tus artes.

¿Recuerdo bien nuestra última contienda ¿admitió Titania con sinceridad?, y reconozco que no fuimos las mejores aliadas. Pero no guardo rencor; deseo colaborar.

El Leñador, interviniendo para apaciguar los ánimos, preguntó,

¿Dama Blanca, ¿podrías decirnos qué ha sucedido exactamente?

¿Kaldurio ha regresado buscando venganza ¿explicó la Reina, recuperando la compostura?. Ese hechicero malintencionado tiene el poder de petrificar la vida. Con un golpe de su vara puede convertir un árbol centenario en carbón negro y quebradizo, deteniendo el flujo de la Arborigenia. Ha lanzado un conjuro para alterar la pureza de la nieve y sembrar el caos. Por fortuna, lo sorprendí

en pleno encantamiento y huyó a toda prisa, perdiendo esto en su fuga.

La Reina alzó un objeto de madera alargada y oscura.

¿¡Es el Báculo de los Hechizos! ¿exclamó Titania entusiasmada?. Sin él, sus poderes se debilitan. En cuanto note su pérdida, regresará a buscarlo. Ese será el momento de capturarlo y obligarle a deshacer el entuerto.

¿¿Y cómo piensas lograrlo? ¿cuestionó la Reina?. El mago no viaja de forma convencional; domina la Umbraquinesis y se desplaza a través de los rincones oscuros. Posee un manto de sombras que lo vuelve invisible al fundirse con la corteza de los árboles. Si no lo atraemos hacia una fuente de luz mágica, su captura será imposible.

¿Tengo un plan ¿anunció Titania con astucia? Amigo Leñador, debes tallar una réplica exacta de esta vara. La dejaremos bajo aquel abeto mientras ocultamos una red entre sus ramas.

¿No perdamos tiempo ¿asintió el Leñador, poniéndose manos a la obra.

Mientras él labraba la madera con destreza, la Reina y Akelia camuflaban un entramado de seda entre el espeso follaje de los altos abetos. Una vez lista la trampa, colocaron el señuelo en el suelo y se ocultaron en el silencio del bosque.

Poco después apareció Kaldurio, refunfuñando y maldiciendo entre dientes. Al divisar su preciado báculo, se abalanzó sobre él sin cautela. En un parpadeo, la casi imperceptible red cayó sobre él, atrapándolo como una telaraña gigante. Al verse rodeado por los cuatro aliados, el mago lanzó un repertorio de improperios que de nada le sirvieron.

La Reina de las Nieves, con su autoridad recuperada, sentenció:

¿Kaldurio, pronuncia el contrahechizo para devolver la blancura a la nieve. Solo entonces recuperarás tu vara y te dejaremos marchar.

El mago, atrapado bajo la gélida mirada de la Reina, comprendió que no tenía escapatoria. Con un gruñido de resentimiento, extendió sus manos sarmentosas a través de los finos hilos de la red. No necesitaba el bastón para deshacer el daño, pero sí toda su concentración.

¿«Nix pura, luto abscondita, ad originem revertere» ¿susurró con una voz que crujía como maderos secos chocando entre sí.

De sus dedos brotaron fulguraciones de color violeta pálido que se arrastraron por el suelo como serpientes luminiscentes. Al contacto con el lodo, se produjo una reacción asombrosa: el barro burbujeó y emitió un vapor denso con olor a tierra mojada y azufre. A medida que el vapor se disipaba, la suciedad desaparecía, dejando paso a una capa de nieve tan blanca que parecía emitir luz propia.

Un suspiro colectivo recorrió los árboles; la rigidez pétreo que amenazaba las raíces se desvaneció y la Arborigenia volvió a latir con un color verde esmeralda bajo la superficie helada. En pocos segundos, el paisaje alienígena volvió a ser el reino invernal que todos amaban.

Kaldurio, agotado por el esfuerzo de revertir su propia oscuridad, cayó de rodillas mientras la red se aflojaba. Derrotado y frustrado, huyó del bosque cubierto de un barro denso y maloliente, viendo cómo su propia maldad se volvía contra él.

La Reina de las Nieves se volvió hacia sus salvadores con un gesto de gratitud. ¿Debo admitir que estoy complacida. No esperaba tu apoyo, Titania, tras nuestros desencuentros pasados.

¿Ante un problema común ¿concluyó Titania con una sonrisa cómplice? es preciso apartar la soberbia. Solos somos algo frágiles, pero juntos somos imbatibles.

En la linde del bosque, los bardos que habían presenciado la gesta comenzaron a trovar la historia. Aunque lo hacían con su habitual desentonación, sus cantos rebosaban júbilo.

La unidad de los amigos había vencido, una vez más, a la oscuridad.

*Autores: Nelaery & Salva Carrion.

Peripecias del hada Titania. Episodio XIX

Viaje hacia los Confines Espectrales

El viaje comenzó bajo un firmamento de un violeta herido. Las nubes, desgarradas por corrientes atávicas, se agitaban como jirones de fuego sobre el abismo del averno. La expedición avanzaba con una cautela teñida de urgencia, percibiendo esa quietud tensa que precede a los aludes. El carruaje de la Reina de las Nieves, una filigrana de hielo que levitaba sobre el terreno, era tirado por renos de astas argentadas cuyas pezuñas, bendecidas por la ingravidez, apenas rozaban la nieve virgen.

Desde el interior del vehículo, la transición del paisaje era sobrecogedora. Titania observaba cómo la geometría perfecta de los bosques de cristal cedía ante una orografía hostil. Picos de basalto que rasgaban el cielo como colmillos de una sierpe colosal y cascadas detenidas en el tiempo petrificadas por un frío más antiguo que la memoria.

¿El aire se está volviendo afilado? observó el Leñador, frotándose las manos curtidas?. Siento como si cada respiración fuera un trago de limaduras de hierro.

Titania, envuelta en su capa de lana de musgo, último vestigio de la calidez de su hogar, extrajo el Mapa de Escarcha. El pergamino latía con una luminiscencia rítmica que delataba la ansiedad de los viajeros.

¿Estamos cerca? susurró el hada con voz trémula?. Pero el camino reclama su tributo de valentía. ¡Sigamos!

De pronto, el carruaje crujió y se detuvo en seco. Los renos rebufaron con inquietud, negándose a dar un solo paso hacia el vacío que se abría ante ellos.

¿El carruaje no puede seguir? admitió Titania descendiendo sobre la nieve?. El mapa señala la Garganta de los Suspiros. Este puente solo soporta el peso de las almas decididas. Los renos son pesadas criaturas de la tierra que no pertenecen a este vacío donde el mundo se deshace en partículas etéreas.

La Reina de las Nieves se irguió frente a ellos. Su imponente presencia emanaba de la helada misma, pero, por primera vez, un atisbo de inquietud humana cruzó su mirada de ventisca. Se hallaban en el Territorio del Viento Libre.

¿Mi reino termina donde la nieve deja de tener nombre? advirtió la Reina con una voz que recordaba el crujido de un glaciar?. Aquí, el pensamiento es más veloz que la palabra. El Oráculo no escuchará vuestros ruegos, sino vuestras esencias. No permitáis que el miedo hable por vosotros; en estas cumbres, el miedo no es un sentimiento... es una manifestación que doblega la carne.

La Reina se acercó a Titania y posó una mano gélida en su hombro. El frío atravesó la capa de musgo que vestía, recordándole la fragilidad del verano. ¿Hada del Bosque? dijo la Reina con solemnidad?, tú que custodias los ciclos de la vida, acércate, abre tus oídos y presta atención. Quiero revelarte un próximo acontecimiento astral de gran importancia. la Reina rozando los oídos de Titania, le confesó con un tono casi inaudible una profecía inminente que les ayudaría a superar un momento de crucial peligro?. Si fracasáis, no habrá primavera que rescatar; solo una eterna cellisca blanca. Tomad este Cristal de Hielo Perpetuo; es un fragmento de mi propia alma. Usadlo con sabiduría, pues será vuestro vínculo con el Oráculo. ¡Idos ahora!

Con un gesto regio, la Reina se desvaneció en una ráfaga de polvo helado, dejando tras de sí solo el tintineo de unos cascabeles que se atenuaban en con la distancia del aire ralo.

Al cruzar el umbral de la gruta, el vendaval enmudeció. El silencio era tan absoluto que el parpadeo de una pestaña habría sonado como un trueno. En el centro, sobre un estanque de agua negra que desafiaba la congelación, flotaba el Oráculo: un remolino de brillos platinos, una llama líquida que mutaba entre geometrías imposibles y siluetas de seres olvidados.

"Donde el sol y la luna se besan"... ¿susurró Akelia, aferrando su báculo?. Es una contradicción. ¿Cómo hallaremos un lugar que desafía las leyes del cielo? ¿Es un sitio que ya existe, o que aún no ha sido creado?

¿Habéis traído el cristal ¿la voz del Oráculo se filtró directamente en sus mentes?. Lo que veáis en él será la premonición que vuestro valor proyecte sobre el tejido del tiempo. Será el espejo de vuestro futuro.

El Ente levitó hacia Titania con la fluidez de un sueño revestido de un blanco cegador.

¿El mago que enfrentasteis no era más que un emisario. En las Tierras Sombrías, algo más antiguo que el pánico ha despertado: los Devoradores de Sombras. Han sentido vuestro pulso vital y vienen a extinguirlo. Debéis hallar el Velo de la Aurora en el primer resplandor del alba, allí donde los astros convergen. Es la única trama capaz de ocultar vuestra luz a los ojos del vacío. Y recordad: ¡Mantened vuestro rostro hacia la luz, y las sombras caerán a vuestra espalda!

Los Devoradores de Sombras carecen de ojos y son de un color "negativo" que parece absorber la luz de las antorchas y la luminiscencia de las hadas. Al mirarlos, se siente un mareo físico, como si los ojos intentaran enfocar algo que no está a la vista. No caminan, sino que se deslizan como tinta vertida en agua. Se desplazan por las superficies (paredes, techos, suelos) fundiéndose con las penumbras naturales del entorno, lo que los hace casi imposibles de ser detectados hasta que están ya demasiado cerca. Cuando atacan, su "rostro" se rasga para revelar una boca sin dientes, una honda espiral de absoluta oscuridad que absorbe todo y emite un siseo helado mientras se tragan el ánimo de los viajeros. Por donde pasan, la nieve se derrite, convirtiéndose en un líquido gris muy espeso y pegajoso, perdiendo su estructura acuosa hasta transformarse en un polvo inerte que huele a sulfuro.

Titania permaneció pensativa, mirando su reflejo en el estanque. Su imagen sobre el agua parecía más firme que su propia piel. Mientras sus compañeros debatían el "¿cómo?", ella procesaba el "¿por qué?".

Antes de que Titania pudiera responder a más cuestiones, la temperatura de la cueva bajó drásticamente. Las siluetas de los propios viajeros empezaron a deformarse, estirándose contra las paredes como manchas de negro petróleo.

¿¡Cuidado! ¿gritó el Leñador? alertando a las demás y levantando su hacha preventivamente.

De entre la negrura de las paredes de la caverna los Devoradores surgieron inesperadamente hostigando con sus tinieblas a los intrépidos viajeros. Al principio fueron solo manchas aceitosas que reptaban por el basalto, pero pronto cobraron una tridimensionalidad aterradora.

¿¡No los miréis directamente! ¿advirtió Titania, sintiendo un mareo físico al intentar visualizar sus formas imposibles? ¡Akelia, alza tu báculo!

Akelia golpeó el suelo, creando un anillo de fuego fatuo, pero los Devoradores se deslizaron por el techo, amparándose en la penumbra. Uno de ellos se lanzó hacia el Leñador, abriendo su "boca" en una espiral apestosa que pretendía tragarse el alma del Leñador.

Titania alzó el Cristal de Hielo Perpetuo y con su poder neutralizó el fatal ataque de ese monstruo, salvando al leñador de una violenta situación.

¿No os alarméis, compañeros? dijo Titania con su convincente temple que apaciguó el caos?. El Velo se halla en el punto de equilibrio absoluto. ¡Ellos no vienen por nuestra carne; vienen por la luz que encendimos al resistirnos!

Titania cerró los ojos y, en lugar de lanzar un ataque, proyectó un recuerdo: el calor del primer brote de primavera. El cristal brilló con una intensidad serena y constante.

Los Devoradores retrocedieron, bisbiseando ante una luz que intentaba quemarlos y anular la débil existencia de su vacuidad.

La gruta quedó sumida en una neblina azulada mientras el Oráculo se disipaba. El mutismo se volvió grave. Los Devoradores se habían retirado a sus defensivas grietas, pero sus murmullos gélidos seguían sonando de entre las rocas

¿Los Espectros ya han cruzado la frontera de sus tierras baldías, y vienen por nosotros? sentenció Titania, mirando el cristal, que ahora mostraba un camino de luces parpadeantes?. El tiempo de las advertencias se ha agotado. ¡Amigos, permanezcamos todos juntos y sigamos adelante!

Miró a sus compañeros, cuyos rostros estaban pálidos pero decididos. La guerra por la luz vencerá si mostramos la voluntad de no parpadear ante las contingencias de nuestra misión: hallar el altar donde el Sol y la Luna se fundirán en un ósculo sagrado.

*Autores: Nelaery&Salva Carrion

Peripecias del hada Titania XXI

La Voz del Cielo

El Velo de la Aurora envolvía al grupo, protegiéndolo de la mirada insaciable del Gran Vacío. Sin embargo, la magia exigía un precio severo: uno de ellos debía ofrecerse como voluntario para custodiarlo, convirtiéndose en un centinela eterno, una estatua de vigilancia perpetua.

Titania se negaba a permitir que sus amigos se transformaran en piedra. Miró a Akelia y al fiel Leñador, y supo que el sacrificio de cualquiera de ellos quebraría la armonía que tanto les había costado forjar.

¿La Arborigenia no acepta presiones, ni siquiera las de la luz? declaró Titania con determinación?. Si permitimos que uno de nosotros se convierta en roca, la paz nacerá de una pérdida, y eso sería una victoria para las sombras. El Velo no tendrá un guardián de carne y hueso; su custodio será la propia Voz del Cielo. Además, el Gran Bosque queda ya a muchas jornadas de aquí; no podemos permitirnos perder a nadie en este camino.

El silencio en el claro se volvió opresivo. Akelia mantenía la mirada perdida entre las raíces, mientras el Leñador apretaba el mango de su hacha con una resignación que hería el corazón de Titania. Ambos, por lealtad, estaban dispuestos al sacrificio.

¿Pero alguien debe custodiarlo? intervino el Leñador con voz ronca? El Velo es frágil; en campo abierto se desvanece y quedaríamos expuestos.

Titania se elevó unos palmos sobre el suelo. Sus ojos amatista resplandecían con una claridad sobrenatural.

¿Si el Velo necesita un centinela, fundiremos su protección con la melodía de lo eterno. Lo anclaremos al aire mismo.

Era una audacia sin precedentes, un desafío a las leyes que sostenían el equilibrio de los ciclos terrenales.

Al intentar alterar el destino del Velo, la realidad pareció rasgarse. El suelo comenzó a rugir con un lamento profundo, un sonido que brotaba de las profundas placas tectónicas donde descansan los secretos del mundo.

De las grietas recién abiertas emergió el Espíritu de la Tierra. Una gigantesca criatura nacida de la íntima emanación de la creación: el primogénito del estrato, una manifestación colosal de la "Memoria del Tiempo". Su origen se remontaba a la era en que el mundo era solo roca y fuego, una bola candente de la terraformación que orbitaba en el inmenso espacio. Él era el juez encargado de vigilar que nada fuera eterno sin pagar su tributo a la muerte, pues sin fin no hay renacimiento.

Su figura era una arquitectura de pesadilla y belleza: extremidades de raíces petrificadas, hombros de carbono diamantino que refractaban la luz de forma amenazante y un torso cubierto de un musgo tan denso que parecía absorber el sonido. Su rostro, una máscara de granito severa, de ojos volcánicos, observaba todo lo que acontecía a su alrededor.

¿Por qué pretendes atar lo eterno a lo que debe morir? rugió el Espíritu, provocando aludes en las montañas cercanas?. Yo soy el peso de los siglos. Si el Velo se funde con el aire, el ciclo se detendrá y vuestro bosque no conocerá más primaveras. La vida solo avanza si algo se entrega a cambio. ¡La magia no es gratuita, pequeña centella!

La presión gravitatoria del gigante obligó a Akelia y al Leñador a hincar una rodilla en tierra. Pero Titania, impulsada por una chispa de rebeldía interna, voló valientemente hacia el centro del torbellino de polvo que rodeaba al coloso.

¿No vengo a detener el reloj de la vida, Guardián de Piedra? respondió ella, con sus alas batiendo con la velocidad febril de un colibrí?. No busco la inmortalidad estéril, sino darle al tiempo un escudo que respire con él. El sacrificio será inútil si se marchita una vida.

El tono de ambos era agresivo. La batalla que parecía inminente y terrible no sería de acero, pues la espada no hiere a la tierra; sería una lid de frecuencias. El Espíritu extendió un brazo de roca y el aire alrededor de Titania se volvió denso como el plomo.

¿Tú hablas de escudos, pero yo veo cadenas? tronó el gigante?. ¿Acaso no comprendes que la belleza del alba reside en que debe morir para que nazca el día? ¡Entrégame un corazón de piedra o retírate!

Titania, resistiendo la presión que amenazaba con quebrar sus alas, replicó:

¿Tú ves el tiempo como una línea de cenizas, pero yo lo veo como un círculo de polen que fecunda la existencia. No busco detener la caída de la hoja, sino asegurar que la tierra que la recibe no sea devorada por el Vacío antes de que la semilla despierte. Si el Velo canta, la vida no se detiene: ¡se eleva! ¡Acompañadme! ¡Que la música sea nuestro puente sobre el abismo!

El leñador, comprendiendo que su fuerza bruta era inútil, canalizaba su desacuerdo golpeando repetidamente el suelo con el mango de madera. Era el latido de un corazón silvestre; la persistencia del trabajo que doma la naturaleza sin destruirla.

El rítmico ¡Cloc, cloc, cloc! del hacha del Leñador comenzó a calar en los cimientos del Espíritu de la Tierra que mostraba sus dudas,

Fue entonces cuando Titania miró a Akelia. La ninfa, comprendiendo que la palabra debía ceder el paso al alma, lanzó una nota tan pura que el musgo del gigante floreció súbitamente más verde y fresco.

Akelia unió su voz con un canto de siglos antiguos, arpegios que celebraban la belleza de lo pequeño:

"Canta, Ninfa, lo sencillo,
que es del mundo su brillo.

Nace el brote en la mañana,
con el sueño de la tierra.
La Ninfa guarda su cuna
mientras el miedo se entierra.

Viene el oro del otoño
con su lluvia de cristal,

protegiendo cada retoño
y el secreto del rosal.

Canta, Ninfa, lo sencillo,
que es del mundo su brillo

Van arpegios de hojas verdes,
voz de savia y de madera;
si en el bosque tú te pierdes,
sigue su senda verdadera.

Escuchad el fiel aviso,
pequeña es la bendición:
que en lo humilde de la vida
late con fuerza el corazón.

Canta, Ninfa, lo sencillo,
que es del mundo su brillo".

¿¡Mírame! ¿gritó Titania al Espíritu?. ¡No es un ruego, es una canción de bondad! No obstaculices nuestro propósito frente a las sombras.

En el centro del torbellino, Titania tejió un tapiz de luz, entrelazando las hebras del Velo con el ritmo del hacha y la voz de la ninfa. En un estallido de claridad, el Velo de la Aurora se fragmentó en billones de chispas que se integraron en cada molécula de oxígeno.

El cambio fue vertiginoso. Las flores exhalaban ahora un aroma que actuaba como una barrera infranqueable para la oscuridad. El Velo ya no era una carga; era el aire mismo. Mientras hubiese música, risas o el susurro del viento, el escudo seguiría vivo.

El gigante de piedra se deshizo lentamente, volviendo a ser montaña tras un último gesto de respeto. Titania descendió exhausta. Su brillo era tenue, pero sus alas habían cambiado: ahora lucían un iris permanente que reflejaba todos los colores del alba.

El Leñador guardó su hacha con un suspiro de alivio. ¿Lo hemos logrado ¿dijo con asombro?. Ya no cargamos con el Velo. **Ahora... el Velo nos guarda a nosotros.

Akelia sonrió al sentir la brisa en su rostro. ¿Escuchad... el aire está cantando de nuevo.

Titania miró hacia el horizonte, donde el sol se ponía sobre un mundo renovado, sabiendo que habían creado algo que ni el tiempo ni el olvido podrían borrar.

*Autores: Nelaery & Salva Carrion.

Peripecias del hada Titania XXIII

El Acorde de la Eternidad

El tránsito desde el Subsuelo de la Savia hasta los estratos nubosos de Aureo fue más que una escalada, fue una exfoliación del ser. Al emerger de las venas internas del mundo, el grupo ya no arrastraba el lodo de la contienda ni el resquemor de antiguas culpas. La sanación de la Raíz Herida había actuado como un crisol, refinando su cualidad original y transmutándola en la resonancia de una virtuosa cuerda musical de oro puro.

¿Es extraño. ¿Os dais cuenta de que nuestros pasos no dejan huella en la nieve? ¡Solo queda una mínima estela de azogue vaporoso? expresó el leñador claramente sorprendido!

El frío del Dosel Viejo ya no enfriaba sus músculos; se filtraba en sus poros como un reparador paño caliente.

¿Y mirad los copos de nieve. No caen al suelo, ni siquiera se derriten como siempre hemos visto en el Bosque Nevado. Actúan de forma diferente, como si tuvieran vida propia. Se convierten en pequeñas burbujas. Se deslizan entre los dedos? dijo Akelia mirando maravillada aquellas diminutas esferas espejadas que terminaban acolchando el suelo por donde pisaban.

¿Estamos pasando por una fase desconocida hasta ahora. Es como si el espacio se manifestara de una forma totalmente inusitada. Incluso el paso de las horas parece tener un lapso diferente. Es la antesala de otra dimensión. No podemos controlar estas anomalías en las que estamos sumidos. Deberíamos consultar con nuestras hermanas hadas en la Tierra. Tal vez ellas puedan ayudarnos a encontrar una solución, una salida que nos permita volver a Áureo? propuso Titania.

La hermandad de las hadas de todo el planisferio terrestre oyó esta llamada y se conjuró para asistir a sus dos hermanas ninfas y al Leñador. Sincronizando mentalmente todo el poder de su magia, las hadas plegaron el tejido del espacio-tiempo con la docilidad de una tierna hoja de primavera, depositándolos frente al Puente de la Arena Etérea, allí donde el tiempo se detiene y el día adquiere la diafanidad del diamante.

Nuevamente ante el Guardián de las Horas, observaron que el autómatas no hizo ademán de consultar el laudo imparcial de su balanza. Sabía que la ligereza honorable de sus almas se igualaba al peso de una pluma. El complejo mecanismo de relojería que lucía en su pecho ¿un enjambre de engranajes y sueños? se ralentizó hasta detenerse por completo. El espejo de su rostro, que en el primer encuentro devolvió el reflejo de los temores recónditos del grupo, era ahora una superficie impoluta que solo mostraba la determinación honesta de los viajeros.

¿Ahora sois la continuidad de la canción? sentenció el Guardián con una entonación que reordenó sus moléculas?. Habéis dejado de ser sujetos desorientados para convertirlos en flujos coordinados con las fuentes de todas las polifonías afectuosas.

Las puertas de Áureo, antaño muros de cuarzo infranqueable giraron sobre sus ejes invisibles. Ambas hojas se deshicieron en un arcoíris acuoso que los invitó a pasar. Al cruzar el umbral vieron la fantástica arquitectura de Áureo que desafiaba toda lógica tridimensional. El aire no se respiraba: se asimilaba, filtrándose a través de sus epidermis.

Los viajeros caminaban sobre alfombras de blandas urdimbres delicadamente dispuestas bajo sus pies. A cada paso el Leñador producía una nota grave y profunda de violonchelo; el paso de Akelia producía arpeggios de liras; Titania componía complejos pentagramas de sonidos que deleitaban los

más finos oídos.

¿Cada uno de nosotros producimos unas notas musicales que unidas formamos una sinfonía. Es nuestra comunión con la inmensidad del Universo? interpretó el hada con notoria fascinación.

¿Los tres viajeros miraban asombrados el escenario que se abría ante su vista.

La ciudad no se visitaba: se interpretaba. Los edificios y estructuras de la ciudad no estaban anclados al suelo. Las torres de la ciudad flotaban en una danza orbital lenta, siguiendo las leyes de una gravitación poética.

El cielo sobre ellos carecía de nubes; estaba compuesto por ecuaciones rutilantes que describían el nacimiento de nuevas estrellas. Los senderos cambiaban de tono según el sentir de quien los cruzara, componiendo una sinfonía singular para cada caminante.

Titania avanzaba a la vanguardia, convertida en una joya de claridad constante. Sus pies apenas rozaban el mármol pulido que devolvía el reflejo dorado de sus alas, extendidas como láminas de refulgencia estelar. Tras ella, el Leñador y Akelia mantenían un estupor fascinante ante lo que contemplaban sus ojos. El Leñador acariciaba el mango de su hacha, admirado de que el metal dejara la alerta permanente para armonizarse con la música de las esferas. Akelia, con los ojos muy abiertos, observaba cómo las sombras proyectaban matices de azul cobalto donde parpadeaban, como luciérnagas, los recuerdos del futuro.

En el corazón de la urbe, bajo un sol cenital de ondas sinfónicas, se erigía un edificio blanco de torres bulbosas. Allí aguardaba el Arquitecto, una figura de algodón nacarado, envuelta en esferas armilares de zafiro que trazaban a velocidades vertiginosas las órbitas del destino.

¿Habéis sanado la raíz para poder llegar al cielo? dijo el Arquitecto, y su voz fue una respuesta súbita a todas las interrogaciones que acuciaban en sus mentes?. Titania, el cilindro de ámbar que portas es el remiendo para la Gran Costura. El universo perdía su tono activo, diluyéndose flemáticamente en un silencio entrópico negativo. El orbe era un instrumento desafinado por el egoísmo de algunos de sus moradores insensatos. El ámbar que rescatasteis de la Raíz Herida contiene la frecuencia de la primera palabra jamás pronunciada. Tú traes la llave y la afinación.

Titania se adelantó con solemnidad divina. El cilindro de ámbar en sus manos comenzó a latir con la benevolente venia de los espectros antiguos, en gratitud por la vida recuperada. Siguiendo las indicaciones del Arquitecto, subió la escalinata hasta un monumental órgano decorado de marfil y compuesto por tubos polifónicos de un extraño metal hallado allende las estrellas. En un hueco particularmente luciente encajó el cilindro en un sitio reservado para acogerlo. Al activarse el mecanismo, los dedos de Titania se volvieron transparentes. Su mirada se tornó de un índigo infinito, sustituyendo el viso de sus ondinas pupilas. Contempló a Akelia y al Leñador que permanecían en un recatado estado de embeleso. Ya no percibía a sus diligentes colegas como seres temporales, los consideraba como un conjunto de partículas lucientes pero efímeras. Sintió una punzada de nostalgia ¿el último vestigio de su yo anterior? antes de que su compasión se volviera magnánima y ecuménicamente justa. No pudo reprimir que sus ojos se humedecieran por un repentino sentimiento de emotividad. Una lágrima brotó de ellos en forma de perla estilizada. La gota que cayó era el destilado purificado de todos sus miedos, amores y pesares mundanos, que el sistema de Áureo absorbió para convertirlos en una nueva constelación en el firmamento de la ciudad. Con una claridad incontestable, comprendió la interconexión total del mundo: cómo el aleteo de una mariposa en el Bosque Nevado mantenía el equilibrio de una supernova a milenios luz de distancia.

La ciudad entera emitió un acorde perfecto que viajó hasta los confines de la gran explosión, zurciendo cada grieta que interrumpía la realidad cósmica.

En ese culmen de exaltación, la conciencia de Titania se expandió; dejó de ser una ninfa de los bosques para permutarse en la singular directora de una orquesta universal. Vio los hilos de

energía cósmica que unían las galaxias con las raíces de los helechos más modestos. Sin embargo, la perfección revelada exigía un precio adicional.

Para sostener la armonía del mundo, Titania debía aceptar una actitud más extensa. La conmiseración se transformó en equilibrio y el amor, en ley. Su mirada se volvió límpida como un lago de alta montaña. Clavó sus ojos en el Leñador y Akelia ¿sus amigos, sus anclas? y por un segundo le parecieron hermosos pero distantes, como paisajes amados vistos desde una altura inalcanzable.

¿La canción continúa? susurró Titania. Por última vez, su voz de ninfa delicada se quebró emitiendo una chispa de humanidad: una lágrima de emoción sincera que tintineó al tocar el suelo jaspeado.

El Arquitecto inclinó su cabeza en señal de respeto. El Cilindro de Ámbar ocupaba su lugar en el Todo. La misión estaba cumplida.

No obstante, el grupo, percatándose con llaneza de la inmensidad de Áureo, vislumbró que el retorno al Bosque Nevado y a sus propios sueños no sería un camino fácil.

· Autores: Nelaery & Salva Carrion.

Peripecias del hada Titania -Episodio XXV

El retorno a Áureo y El Vigía de lo Invisible

El Bajel Celeste se alejó de las costas de Ferrum-Ker, elevándose sobre un paisaje transformado. Lo que antes era una necrópolis de engranajes oxidados y chimeneas inertes, ahora era un estallido de verdor. La clorofila retomaba su trono sobre el hierro y el aire, antes cargado de hollín, y prodigaba el polen de una nueva era. Sin embargo, la alegría de la victoria se vio empañada por un cambio brusco en la atmósfera del Cenit. Las corrientes de los mares de nubes, habitualmente etéreas, se volvieron densas y aceitosas, dificultando la navegación de la nave.

Fue al cruzar el Estrecho de los Vientos Furiosos cuando la realidad pareció fracturarse. En ese desfiladero aéreo, donde los tornados se entrelazan como trenzas de un gigante invisible, una silueta colosal se recortó contra el sol. Una criatura de imponente envergadura descendía en una espiral tan perfecta como la proporción áurea. No era un ave ordinaria: era el poderoso y señorial Ako, el Águila Irisada. Las plumas de sus alas, forjadas con restos de cometas antiguos, refractaban la luz en un espectro cegador, dejando tras de sí una estela de polvo cromático.

¿¡Cuidado! ¿gritó Akelia, cayendo de rodillas mientras con sus manos se presionaba las sienes sienes?. Su presencia es un estruendo psíquico. No veo los sucesos inmediatos, solo veo... veo colores que no deberían existir.

¿¿Qué clase de criatura es esa? Jamás vi un depredador de semejante magnitud. El Leñador, instintivamente, aferró el mango de su hacha. Su mirada buscaba una vulnerabilidad en aquel ser que recordaba una constelación de la bóveda celeste.

Sin embargo, Ako no mostró hostilidad alguna. Con un batir de alas que sonó como el despliegue de mil estandartes de tela de adúcar, se posó, con suma ligereza, sobre la cubierta del bajel y miró a los tres tripulantes. Sus ojos, dos centellas de fuego frío, parecían auditar el estado de sus ánimos.

¿No temáis ¿tronó el ave, y su voz grave resonó como el bordón de un arpa?. La noticia del metal convertido en flor ha llegado hasta las fronteras del vacío. Conozco vuestra hazaña. Soy Ako, el Vigía de lo Invisible. Veo lo que aún no ha ocurrido y aquello que se oculta tras la curvatura del confín.

Titania, con paso firme y sintiendo una extraña afinidad con el visitante, se acercó a él y le mostró el Brote de Sincronía. Al reconocer el broche, Ako inclinó su noble testa en señal de acatamiento.

Tú eres Titania. Solo la portadora de la armonía podría sostener ese brote sin marchitarse. Escuchad: el Arquitecto os aguarda en Áureo, pero vuestro camino está sellado por una tormenta de antimateria. Es una cicatriz en el tejido de la realidad, invisible para vuestros ojos simples. Si me permitís ser vuestro adelantado, os guiaré por las sendas del horizonte oculto.

¿Así sea ¿aceptó Titania?. No hay mejor guía que un emisario del Arquitecto.

Bajo la tutela de Ako, el Bajel Celeste inició una serie de maniobras que desafiaban toda la lógica de la náutica. El ave les ordenaba virar bruscamente ante cúmulos de nubes blancas y aparentemente inofensivas que, según su visión, ocultaban vórtices capaces de desintegrar el pensamiento mismo. El nuevo aliado no solo preveía el peligro; leía la intención del viento.

¿¡Titania, mantén firme el timón! ¿instruyó Ako desde la cubierta de popa, ayudando con sus

tremendas alas extendidas para estabilizar la embarcación. ¡No permitas que la duda vacile en tu ánimo, o la tormenta encontrará una grieta en tu voluntad!

¿Lo intento, ¡pero esta galerna es un azote salvaje! ¿gritó ella, sintiendo el peso del gobierno de la nave? ¡Cuidado a bordo! ¡manteneos firme!

Gracias a la lectura que Ako hacía de las "intenciones del viento", el bajel logró sortear la anomalía. Finalmente, la feroz borrasca cedió y las cúpulas de Áureo emergieron entre cirros de nieve. La ciudad de oro y marfil resplandecía con luz renovada; sus campanas tañían al unísono, celebrando el renacimiento de su hermana, Ferrum-Ker.

¿¡Mirad! ¿Titania se asomó a la borda, emocionada?. ¡Es deslumbrante!

¿Ha valido la pena cada desvelo? ¿suspiró Akelia, mientras el leñador contemplaba la ciudad con una mezcla de fatiga y éxtasis.

¿Gracias, Ako? ¿reconoció el hada?. Sin tu ayuda, jamás habríamos podido salvar la travesía.

¿Era mi deber. Supisteis controlar vuestro miedo, y eso fue la clave? ¿respondió el ave?. Pero apresurémonos. El Arquitecto no espera.

Tras el amarre de la nave, fueron conducidos a palacio. En el Gran Atrio los esperaba el Arquitecto. Su figura, ataviada con una túnica de geometría sacra, evidenciaba un alivio solemne.

¿Habéis logrado lo imposible? ¿reconoció?. El hierro ahora canta, y la savia vuelve a ser el aceite de las máquinas.

Titania dio un paso al frente e informó de lo acontecido en aquella urbe. Su voz resonó con la autoridad de quien ha caminado triunfante entre el fuego:

¿Donde antes imperaba un mundo siniestro que explotaba injustamente las raíces de la Arborigenia y mantenía una metrópolis habitada por esclavos despojados de la capacidad de pensamiento y decisión, trabajando sin descanso para extraer la savia vigorosa de ésta, ahora se halla una ciudad espléndida y de progreso en la cual sus moradores son libres y solidarios. Fue necesario que entonase la Frecuencia del Retorno y recabar el apoyo del Cilindro de Ámbar para que la Savia reaccionara y se liberara de sus ataduras. Las Gárgolas de Ceniza han vuelto al polvo y Ferrum-Ker se ha transmutado en un parterre de frescor y beldad donde de nuevo la forja y la raíz conviven en concordia. Como prueba y agradecimiento por los esfuerzos del equipo, la Arborigenia nos obsequió este talismán: El Brote de Sincronía.

¿Y no hemos vuelto solos? ¿añadió el Leñador, señalando a Ako, que permanecía vigilante en lo alto del claustro?. Este vigía nos ha traído por rutas insospechadas que no figuran ni en los mapas más secretos.

El Arquitecto observó al Águila y asintió benevolente. Guardó un breve momento de silencio, aunque repentinamente su rostro ensombreció intuyendo un temor cercano:

¿El horizonte se expande para quienes escuchan el Acorde del Cielo. Pero recordad: que Ferrum-Ker florezca es solo el primer peldaño logrado. El desequilibrio siempre acecha en el mañana, y ahora que el Águila ve por vosotros, vuestra responsabilidad aumenta.

Justo cuando el Arquitecto iba a dar por concluida la audiencia, Ako lanzó un graznido agudo, un sonido metálico que hizo vibrar los vitrales del paraninfo. Sus ojos ígneos se tornaron de un violeta profundo.

¿No hay tiempo para el descanso? ¿sentenció el ave. En un lugar donde la mirada se desvanece, he visto una Sombra Irregular. No es vida ni es máquina; es una nada con aristas agudas que avanza devastando las fértiles llanuras.

El semblante del Arquitecto palideció, una reacción inaudita en un ser de tan pura naturaleza.

?¿El Vacío Confuso?... ?balbució?. Si ese rescoldo maligno despierta buscará el Cilindro de Ámbar que trajo Titania. Su objetivo es anular toda emanación positiva y devolver el mundo a la oscuridad de antaño.

Ako extendió sus alas de prisma, proyectando sobre el suelo de mármol un mapa de neón sólido.

?Se mueve a la velocidad del pensamiento. Está cruzando el Mar de las Tormentas, rumbo a las Islas de Obsidiana. Si no partimos al amanecer, el horizonte que veo hoy... mañana simplemente confundirá el ahora.

Titania apretó el Brote de Sincronía contra su pecho. El talismán comenzó a emitir una señal carmesí que alertaba a su propio ser.

Áureo, la ciudad de la luz acababa de convertirse en un refugio algo inseguro ante la amenaza que se aproximaba.

Autores: * Nelaery & Salva Carrion.

Peripecias del hada Titania- Episodio XXVII

El S.O.S. de la Biblioteca Universal

Consumada la victoria en las Islas de Obsidiana, el Bajel Celeste navegaba en las alturas por un océano de estratos líquidos. La quietud era tan absoluta que el leve crujido de las cuadernas de madera resonaba como un trueno cercano. De pronto, el Águila Irisada erizó su plumaje fosforescente. Sus ojos, convertidos en dos ascuas de luz granate, se fijaron en el nordeste; sus oídos habían captado un ultrasonido que el resto de la tripulación apenas percibía como una presión en las sienes.

¿No es un grito, es un desvanecimiento? anunció Ako, cuya afinidad con el viento le permitía traducir los lamentos de la atmósfera?. Es una alarma de una memoria que se apaga. Una estructura artificial a cien leguas de aquí está perdiendo su identidad.

Titania cerró los ojos, expandiendo su conciencia hasta rozar la fuente del auxilio. El aire le trajo un rastro familiar.

¿Ese aroma a sal y sabiduría... es Kelbuk, el Bibliotecario de las Eras. Es un ser longevo que sufre; necesita nuestra ayuda. Su hogar es una edificación prodigiosa: una amalgama de pecios antiguos y huesos de cetáceos unidos con una argamasa de conchas marinas y algas gomosas.

Bajo la guía de Ako, el Bajel atravesó un banco de niebla con olor a papiro viejo y ozono. Al disiparse el velo, la visión fue desoladora: la Gran Caracola-Biblioteca, una ciudadela de madreperla, flotaba a la deriva infestada por miles de Ventosas de Silencio. Estos parásitos transparentes succionaban la escritura, devorando la tinta de los libros y dejando tras de sí páginas grises.

Están borrando las huellas de lo que fuimos? alertó Akelia, estremecida por una visión en la cual los mapas se tornaban lienzos en blanco y los nombres de las estrellas desaparecían de la mente de los mortales.

El Leñador, comprendiendo que el acero era inútil contra células amorfas, preparó su magnífica hacha. Descendió mediante un cabo de trenza lunar hasta las placas infectadas y, en vez de golpearlas, hizo vibrar el filo de su arma contra la estructura, emitiendo una frecuencia armónica letal. Las ventosas, que solo prosperaban en el vacío acústico, convulsionaron y quedaron reducidas a una espuma ácida.

Mientras tanto, Titania activó el Brote de Sincronía. Al posar sus manos sobre las paredes de la biblioteca, canalizó la fuerza de la Arborigenia dirigiéndola al corazón del edificio.

¿No eres solo un refugio de papeles. Eres la Memoria del Océano. ¡Recuerda tu nombre! _ Transmitió Titania mentalmente a la Caracola-Biblioteca invadida por los organismos expoliadores.

La Caracola respondió con un gemido profundo. Sus poros exhalaban un polen regenerador que neutralizó a los parásitos restantes mientras una capa de gelatina protectora sellaba sus heridas.

Del atrio tornasolado emergió Kelbuk, el bibliotecario. Su piel perlada estaba marchita y sus barbas de algas azuladas goteaban debilidad. Sostenía el Libro de las Edades, cuyas páginas, ahora transparentes por el expolio, dejaban ver el suelo a través de ellas.

El Águila Irisada se acercó al ejemplar corroído. Sus ojos actuaron como un prisma reparador, refractando un delicado rayo solar sobre las hojas diáfanas. Para asombro de toda aquella exhalación reveló las palabras ocultas en el espectro ultravioleta, evitando que los datos se disiparan definitivamente. El bibliotecario, ciertamente emocionado, guardó aquel valioso ejemplar

para volver a reproducirlo.

?Habéis llegado en el último suspiro ?jadeó el venerable anciano mientras el equipo lo ayudaba a subir al Bajel?. Las células no buscaban tesoros. Buscaban el mapa de las Tierras del Verbo.

Este plano no mostraba topografías comunes. En su centro, las Tierras del Verbo se desplegaban como un continente de voces donde las fronteras estaban delimitadas por dialectos olvidados.

?Continuó narrando Kelbuk? Hay tres regiones de exploración crítica: Un desfiladero por donde el viento todavía transporta las sílabas con las que se nombraron el fuego y el agua por primera vez. Un océano cuyas olas cambian de forma según la intención de quien las mira, conectando el mundo físico con el imaginario. Y en el centro mismo de estas tierras se halla el Diapasón.

El anciano, sin levantar la vista, se inquietó y señaló una zona difusa que se arrastraba sobre el pergamino:

?¿Veis esta mancha? Es la Afonía Final. No es solo falta de sonido; es un vacío que devora el sonido de las palabras. Si llega al Diapasón, el nombre de las cosas se perderá para siempre y el mundo, al no poder ser nombrado, dejará de existir.

?La Caracola-biblioteca sanará con las corrientes limpias que circulan por este mar etéreo? auspició el ave, señalando el extenso círculo de flujos que los rodeaba?. Pero el sabio anciano ha confirmado nuestro mayor temor: esos invasores infecciosos se dirigen hacia los Cielos del Verbo para petrificar la historia. Van en busca del Diapasón de la Palabra.

El ilustre bibliotecario asintió con gravedad y advirtió:

?Si ese artefacto enmudece, la música que mantiene unido el tejido de la realidad no volverá a resonar y la sabiduría de los libros se perderá para siempre.

Kelbuk describió el artefacto salvador: un doble eje de armonía con la facultad de la restauración por resonancia acústica, capaz de devolver la forma oral y gráfica a lo desvanecido. Es un ancla de conocimiento; allí donde vibra, la ignorancia no puede penetrar.

Con el mapa de la esfera celeste grabado en la memoria del Águila, el Bajel arrió las velas al viento, navegando presuroso hacia el nuevo destino para salvar los sonidos y la escritura de la civilización.

Pronto se adentraron en un archipiélago de obeliscos de basalto que se alzaban desafiantes. El aire allí era tan ralo que era incapaz de transportar el sonido. Incluso el batir de las alas del Águila parecía envuelto en algodón insonoro.

?Estamos en el epicentro ?susurró el Águila, cuya voz apenas era un hilo audible?. El silencio es tan afilado que deshace mis pensamientos.

En el centro de un anfiteatro natural de granito negro, sobre un altar circular de coral blanco, se erigía un enorme Diapasón, forjado con una sustancia de polvo estelar y cristal solar. Sobre él, una cúpula de Ventosas de Silencio lo asfixiaba, amenazando con extinguir la última nota que pudiera generar el instrumento.

Titania descendió hasta el altar. Sabía que al silencio no se le combate con gritos, sino con armonía. El hada extrajo de su cinto su prodigiosa media varita que aún conservaba, y tocó delicadamente la base del Diapasón. Una onda de choque invisible, pero terriblemente demoledora, barrió las ventosas que todavía permanecían adheridas. Entonces se oyó el clamor de un orfeón universal que contenía todos los sonidos de la creación: el crepitar del fuego, el murmullo del bosque, el primer llanto de la vida...

El Libro de las Edades que Kelbuk trajo consigo al bajel, resplandeció con intensidad y las letras borradas regresaron a sus páginas reluciendo en tinta de oro líquido.

El viejo bibliotecario, recuperando su vigor y el brillo de su piel, observó maravillado cómo el Diapasón resplandecía de nuevo anclado en el ara de granito. Todo volvía a una normalidad

estable y esperanzadora.

¿El Gran Acorde vuelve a resonar?. Habéis salvado no solo los libros de la antigüedad y del presente, sino la capacidad del mundo para contar su propia historia ¿dijo el archivero con una sonrisa benévola.

El cielo, antes grisáceo, recuperó su matiz claro, mientras las estrellas comenzaban a cantar de nuevo en el interior de los viajeros.

El Bajel Celeste, ahora convertido en un faro de ilustración, bogaba más veloz que nunca.

Titania miró hacia el horizonte, donde el mapa de Kelbuk revelaba nuevas rutas inexploradas.

El silencio había sido derrotado en este pequeño rincón del Universo, pero sabían que solo era un episodio ganado.

¿Nuestra canción apenas comienza ¿concluyó Titania, mientras el bajel ponía proa hacia el mañana.

*Autores: Nelaery & Salva Carrion.

Peripecias del hada Titania XXIX

El origen de la Varita Mágica

La nave hendía las aguas del Océano de las Intenciones, un dominio donde flotan los pensamientos y voluntades que aún no han hallado voz. El grupo avanzaba con una urgencia preocupante: sabían que la Afonía Final planeaba asolar este territorio para erradicar toda chispa de vida intelectual.

La revelación en el Desfiladero de los Fonemas había transformado el aire que se respiraba a bordo, más pleno, cargado de oxígeno e importantes significados latentes que aguardaban ser nombrados. Mientras la nave ascendía con elegancia dejando atrás las escarpadas paredes de piedra sonora del desfiladero, Kelbuk, el bibliotecario, permanecía encorvado sobre el Libro de las Edades, cuya superficie emanaba un discreto fulgor dorado. El silencio en cubierta solo era interrumpido por el pasar de las hojas.

Titania se acercó al bibliotecario, quien acariciaba con sus dedos amarillentos y nudosos una ilustración que acababa de materializarse en una de las páginas del libro. Era el dibujo de una rama truncada, envuelta en una aureola de fulgor plateado.

¿Titania, acércate ¿pidió Kelbuk sin levantar la vista, con una voz grave que parecía emerger del fondo de los tiempos?. Siempre te preguntaste por qué tu varita está incompleta, por qué manejas solo un fragmento de su creación.

El hada extrajo la ramita de un bolsillo de su cinto. Era una madera antigua, pulida por los siglos, pero su extremo superior lucía una muesca demasiado perfecta, un corte limpio que ninguna fuerza natural habría podido ejecutar.

¿El Libro dice que tu varita no fue tallada por mano alguna ¿reveló el anciano, señalando un pasaje en una lengua muy antigua, compuesta por grafos espirales y puntos?. Fue el Primer Brote del Diapasón. En la Edad en que el mundo era solo un bostezo de silencio, el Diapasón vibró con tal intensidad que desprendió una astilla de cristal solar que luego se fundió con la madera del Árbol de la Memoria. Pero el equilibrio, Titania, siempre exige un sacrificio.

Kelbuk señaló un párrafo concreto, y tradujo con solemnidad:

"Para que la Magia sea libre, la herramienta debe permanecer íntegra; solo así podrá desplegar todo su poder: nombrar, crear y conservar la pureza del saber".

¿Tu media varita es el Cincel de la Palabra ¿continuó Kelbuk, mirándola a los ojos?. La otra mitad es el Cáliz de la Sabiduría. Solo cuando ambas partes se reúnan toda la magia volverá a manifestarse en su plenitud. Pero ten cautela: quien posea la otra mitad tiene el poder de borrar lo que tú nombres. Debes encontrar la otra mitad para que su fuerza actúe de forma completa.

¿Pero... ¿dónde hallarla? ¿preguntó Titania?. Se partió durante mi contienda con la Reina de las Nieves. Recuerdo haber chocado contra un roble y verla quebrarse.

¿¿Junto a un roble, dices? ¿preguntó el leñador pensativo. ¡hummm! ¿Puedo ver la imagen de la varita original?

¿ ¡Por supuesto! ¿ respondió Kelbuk esperanzado mostrándole la imagen? Mira.

Al observar el dibujo que Kelbuk le mostraba, el Leñador exclamó con alegría:

¿¡Es de una belleza asombrosa! Ahora comprendo todo su valor. La parte faltante no está perdida.

La encontré bajo un roble el día después de conocerte, Titania. Me pareció un objeto extraño y lo guardé en mi cabaña.

? Entonces... ¡he estado junto a ella todos los días sin haberme enterado!! ¡Podría haber solucionado tantas cosas! _ exclamó apesadumbrada el hada.

?Era necesario que llegaras al conocimiento sin apoyarte en el poder de la varita. La vida nos enseña con la experiencia de los hechos cotidianos que tenemos que usar nuestra inteligencia y respeto en el trato con todos los demás seres. Estos valores están dentro de nosotros y debemos dejarlos salir para lograr una buena convivencia _ explicó el bibliotecario reflexivamente.

Titania apretó el mango de madera. Lejos de sentir temor, una claridad mística la invadió, reforzando su disposición a mejorar todo aquellos que estuviera en sus manos, y en su varita.

El Bajel Celeste viró hacia el Oeste, surcando las corrientes de verde ozono que marcaban el camino de retorno. Pronto, la esplendorosa silueta de la Gran Caracola-Biblioteca apareció en el horizonte. Sus muros de madreperla irradiaban un lustre albo, y de sus portillos surgía un vapor azulado que purificaba el aire de parásitos del olvido.

Al atracar en el puerto de nácar, una multitud de pequeños seres de coral y escribas de piel multicolor recibieron con vítores a su mentor.

Kelbuk descendió por la pasarela con una dignidad recobrada. Se detuvo antes de pisar el muelle de su hogar y se giró hacia la tripulación.

?Habéis salvado más que una colección de pergaminos ?dijo, haciendo una profunda reverencia?. Habéis devuelto la voz a los que habían sido condenados al ostracismo del silencio.

El bibliotecario entregó a Titania un pequeño estuche hecho con antiguas algas secas que contenía un pequeño diamante rosa y una semilla que emitía un delicado resplandor.

?Es una Llave de Lenguas. Si el Vacío intenta confundir vuestros sentidos en el Océano de las Intenciones, este diamante filtrará la verdad de la mentira. Y la semilla... déjala que encuentre su lugar en el Bosque Nevado.

?Gracias, Kelbuk ?respondió Titania, guardando los objetos en su vestido y sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros?. Tu sabiduría es el mapa más valioso que llevamos.

El Leñador soltó las amarras y el Águila Irisada lanzó un silbo de despedida que resonó en todas las galerías de la caracola.

El Bajel Celeste dejó atrás la seguridad de la Caracola-Biblioteca y se adentró en una zona donde el horizonte se curvaba de forma insólita. Una región donde el agua era puramente emocional. Estaban entrando en el Océano de las Intenciones.

Fue el Águila Irisada quien lo divisó primero. Entre la bruma de pensamientos no nacidos, emergió una silueta espectral. Una extraña embarcación de contornos difuminados, hecha de jirones de niebla y filamentos plateados, cuyas velas habían sido tejidas con antiquísimas hebras del más refinado algodón.

?Es el Nauta de los Olvidos ?informó Ako?. Transporta los pensamientos que fueron interrumpidos antes de ser pronunciados: el poema que un amante no se atrevió a declamar, la idea valiosa que un inventor olvidó al despertar, el perdón que llegó un segundo tarde, y otros no menos valiosos y sorprendentes.

El barco fantasma navegaba sin rumbo, emitiendo un farfallo de incontables sílabas sobrepuestas incapaces de lograr formar una sola palabra inteligible.

?Están atrapados en un bucle de afonía ?observó Akelia, sus ojos mágicos detectando unas redes de olvido que asfixiaban a la nave fantasma?. Si no actuamos, esos pensamientos se ahogarán en

la Afonía Final.

Titania sintió una opresión en el pecho. Al acercarse, la Llave de Lenguas que Kelbuk le había regalado empezó a activarse emitiendo una luz violeta. Saltó a la cubierta del Nauta sin que sus pies hicieran ruido alguno. El suelo estaba acolchado con diminutas esferas de luz tenue que rodaban como perlas: eran los pensamientos. Cada uno contenía una imagen parpadeante de una idea huérfana de dueño.

¿Leñador, Akelia, conmigo. No uséis la fuerza, usad el corazón ¿ordenó Titania.

Finalmente, Titania usó el diamante rosa como lente sobre su media varita, proyectando un rayo que impulsó los pensamientos de regreso a sus dueños a través del tiempo. Vieron un "te quiero" viajar hacia una amada y la solución a una ecuación volar hacia un sabio científico.

A medida que los pensamientos eran restituidos, el barco fantasma comenzó a ganar flotabilidad y solidez, recuperando la blancura de su maderamen. En el centro de la cubierta, apareció una figura que hasta entonces había sido invisible: el Timonel del Olvido, un espíritu que ahora recuperaba su imagen real.

¿Gracias, Hada de la Arborigenia ¿dijo el Timonel con una voz que sonaba a campanas de victoria?. Durante eones, este peso me impedía ver las estrellas. Al devolver los pensamientos, habéis aligerado mi carga y devuelto el propósito a mi viaje.

Como muestra de gratitud, el Timonel entregó a Titania una Brújula de Intuición, un extraño instrumento de forma triangular que no marcaba el norte, sino la dirección de aquello que el corazón del viajero más anhelaba encontrar.

Era el momento de regresar al hogar, al Bosque Nevado.

*Autores: Nelaery & Salva Carrion.

Peripecias del hada Titania XXXI

El Último Invierno

Los inviernos en el Bosque Nevado siempre habían sido blancos, pero este año el mundo se había teñido de un gris plomizo. El tiempo, ese río implacable que no sabe retroceder, había cobrado su peaje. La amistad entre el leñador y Titania, forjada en mil tardes de serrín y risas, se sentía tan sólida como el corazón de un roble centenario; sin embargo, incluso los más grandes árboles terminan por dormir. Titania, capaz de cerrar heridas ajenas con un simple parpadeo, descubrió con una punzada de amargura que su magia era un juguete roto frente al cansancio de la vejez humana.

Una tarde, mientras las brasas agonizaban en el hogar, el leñador le entregó un pequeño objeto envuelto en arpillera gastada: la varita mágica restaurada al completo.

¿La torpeza nunca se fue, pequeña? le dijo con una sonrisa débil. Pero ahora es parte de tu esencia. Siempre caías, y siempre te levantabas. Esa voluntad de hierro, Titania, es tu verdadera magia.

Esa noche, el leñador cerró los ojos. El silencio del bosque se filtró en sus pulmones y el hombre se fundió con la quietud de la tierra para no despertar jamás.

El vacío que dejó su ausencia fue un abismo. El equilibrio del bosque, antes sostenido por la presencia serena del guardián, comenzó a tambalearse. Las criaturas que Titania había socorrido desde la lechuza de ala quebrada hasta el oso fortachón se congregaron en torno a la cabaña. Pero sin el eje que los unía, aquella ausencia se tornó en huracán egoísta. El miedo al frío se transformó en disputas por obtener el mejor cobijo; los animales se gruñían unos a otros, y el bosque, antes un refugio, se volvió un lugar algo hostil.

En ese momento de debilidad, el viento se volvió cuchillo. La Reina de las Nieves regresó de los glaciares del norte, reclamando el vacío que había dejado el leñador. Su melodía áspera resonó entre las hojas como aguaceros helados:

"La nieve que ves de frente
es mi reinado presente.

El guardián se ha ido,
el fuego se apagó,
la magia del hada
en el hielo se ahogó.

Ni roble, ni vida,
ni tierno calor,
solo tu herida
de frío y dolor.

No llores por lo perdido
ni por aquellos que se irán,
en mi manto del olvido
tus memorias morirán.

La nieve que ves enfrente
es mi reinado presente

La nieve que ves enfrente
es mi reinado presente."

La Reina de las Nieves descendió sobre un torbellino de polvo nival. Sus pies apenas rozaban la nieve caída, moviéndose con una gracia insultante frente a la pesadez del duelo que plañía el bosque. Miró a Titania con un desdén soberano, como quien observa a un insecto moribundo. El hada, pequeña y con la nariz aún desviada por mil golpes antiguos, apretaba contra su pecho la varita reconstruida como si fuera el último tesoro de la creación.

Abrumada por la presencia gélida de su rival y con los ojos nublados por las lágrimas que se negaba a verter, Titania intentó elevarse para confrontarla a su altura. Sin embargo, su corazón pesaba más que sus alas. Inició un pequeño vuelo, casi a ciegas, con la vista empañada por el recuerdo del leñador y la presión del viento helado. La falta de equilibrio, fruto de su congoja, le jugó una mala pasada: en un giro torpe, perdió el rumbo y chocó de frente contra el tronco de un viejo roble, el mismo que tantas veces la había visto reír. El impacto fue seco y cruel; Titania cayó sobre la nieve y su nariz, tantas veces remendada, quedó dañada de nuevo, dejando un rastro carmesí sobre la blancura impoluta del suelo.

La Reina soltó una carcajada histriónica y se burló de ella con crueldad:

?Mírate, criatura patética. Tienes el rostro marcado por las caídas y las manos sucias de lodo. Tu amigo se ha ido y solo te queda una astilla de metal en las manos. ¿Esto es lo que el Bosque Nevado te ofrece como resistencia? ¿Un hada torpe que ni siquiera sabe volar en línea recta?

Titania se puso en pie con una lentitud desafiante, ignorando el punzante dolor de su rostro. Se limpió el rastro de sangre con el dorso de la mano, manchando su piel con un rubí denso que contrastaba con la palidez de la Reina. Miró a su rival directamente a los ojos, con una chispa de fuego en la mirada que el hielo no pudo apagar:

?Mi nariz se curará, Majestad. Se ha roto tantas veces que ya conoce el camino de vuelta, como los brotes que regresan tras la nevada. Pero vuestra perfección es vuestra condena: vuestro hielo es tan duro que, una vez que se agrieta, no sabe sanar; solo sabe hacerse pedazos y derretirse bajo el sol. ?Titania dio un paso al frente, haciendo crujir la nieve bajo sus pies?. Llamadme «torpe» si eso os hace sentir poderosa, pero recordad esto: lo que está roto tiene bordes afilados. Yo sé lo que es el suelo y no le temo. Vos, en cambio, solo sabéis deslizaros. El día que caigáis, y os aseguro que ese día llegará, vuestro hielo no sabrá cómo volver a unirse. Mi sangre está caliente, Reina; la vuestra es solo agua estancada que ha olvidado cómo fluir.

?¡El hielo es belleza y orden! ? respondió airada la Reina ? Es la perfección que no cambia. Tu leñador era carne percedera que ya no existe. Tú eres un error de la fantasía, una burla a la

elegancia de las hadas. ¿Por qué insistes en quedarte en este lugar que solo te recuerda lo que has perdido?

?Me quedo porque este lugar es un tesoro que me enseñó que se puede aprender de los errores, y que cada uno de ellos tiene un nombre. En ese roble hay una cicatriz de cuando intenté salvar a un gorrión; en aquella roca está la marca de mi primera caída. El leñador no me enseñó a ser perfecta, me enseñó a ser útil. Él ya no está, pero su inestimable recuerdo vive en el pelaje de los osos y en las plumas de los búhos que tú quieres convertir en figuras de hielo.

La Reina de las Nieves avanzó había el hada, haciendo que el suelo crujiera.

?La memoria es una llama débil, Titania. Un soplo de mi invierno y nadie recordará que existió un leñador, ni nada de lo que tú conseguiste cambiar con tu patético altruismo.

Titania, levantó su nueva varita con firmeza y la dirigió amenazante hacia la Reina:

?Te equivocas. No necesito ser una leyenda de vidrio frágil para perdurar. Mientras haya alguien que tropiece y sea capaz de reírse de sí mismo, mientras haya alguien que prefiera un amigo cansado a una estatua hermosa pero inerte, yo estaré allí. Mi magia no viene del cielo, viene de haberme caído tantas veces que ahora conozco el suelo mejor que tú. No puedes congelar a alguien que ya ha aprendido a patinar sobre la nieve.

La Reina retrocedió algo temerosa ante la luz dorada que empezaba a emanar de la nueva varita de madera

?Esa varita no tiene poder... es solo un juguete? dijo algo confusa, retrocediendo ante un resplandor dorado que brotaba de las vetas del diapasón.

?No es un juguete. Es una promesa. La promesa de que la vida siempre vuelve a brotar, aunque sea con cicatrices. ¡Vete al norte, Reina! Aquí el invierno ya tiene dueña, y es una que sabe que después de la caída, siempre levanta el vuelo.

Titania, abrumada por la ausencia de su amigo y el regreso de la Reina, perdió el control de sus alas. Sumida en su aflicción, se elevó en el aire y emprendió un vuelo casi a ciegas, intentando evadirse de esa situación. Pero, fiel a su naturaleza, el destino le aguardaba en forma de madera: chocó de frente contra el duro tronco de una secuoya.

El crujido fue seco. Su nariz, tantas veces remendada, volvió a quebrarse.

El dolor físico la ancló de nuevo a la realidad. Al caer sobre la nieve, asió su nueva varita y recordó el mensaje del leñador: "Caer y levantarse, siempre levantarse". Al ponerse en pie, con el rostro maltrecho y las alas desalineadas, Titania no se veía como un hada fracasada. Después de tantas vicisitudes había crecido en resistencia.

Al ver su determinación, los Bardos del Bosque, testigos de su caída y auge, afinaron sus laúdes y entonaron el cantar que derrotaría al frío:

"¡Cantad, voces de madera!

¡Vibrad, voces del ayer!

Que la magia verdadera

es el arte del bien hacer.

En el Reino de los Robles,
donde el tiempo se detuvo,

partió el viejo de ojos nobles,
el apoyo que ella tuvo.

Duerme el hombre entre las hojas,
vuela el hada en el ferial,
sin penas ni congojas
en su paz espiritual.

Vuela a ciegas Titania,
con su pena en un rincón,
y choca con la montaña:
la secuoya de su aflicción.

Aunque su nariz se rompa
contra el tronco del destino,
no hay dolor que la corrompa
si ha de marcar el camino.

¡Cantad, voces de madera!
¡Vibrad, voces del ayer!
Que la magia verdadera
es el arte del bien hacer.

¡Mirad al hada herida!
¡Mirad su rastro carmín!
Que no hay escarcha tejida
que a este fuego ponga fin.

El hielo es solo un espejo,
vano orgullo de cristal,
que ante el primer bosquejo
se quiebra en su pedestal.

Más vale un ala astillada
y un rostro con cicatriz,
que una reina congelada

que no sabe ser feliz.

¡Cantad, voces de madera!
¡Vibrad, voces del ayer!
Que la magia verdadera
es el arte del bien hacer.

Cada caída es un puente,
cada golpe es una flor,
en el jardín floreciente
que plantó el leñador.

No busques el brillo eterno
ni la gracia del rosal,
busca el amor más tierno
y el alma más servicial.

Mientras un poeta imagine
y un amigo sepa amar,
no habrá quien determine
cuando ella deba marchar.

Porque las hadas no mueren
en el frío del adiós,
viven mientras las requieren
quienes tengan una voz.

¡Cantad, voces de madera!
¡Vibrad, voces del ayer!
Que la verdadera
es el arte del bien hacer."

¡Y vaya!, por una vez, los bardos, con la sensibilidad del momento, cantaron sin desafinar. La Reina de las Nieves, incapaz de procesar una voluntad que se alimentaba de sus propias vanidades, comenzó a resquebrajarse. El brillo dorado de la varita de diapasón era una luz que cegaba, un calor que derretía. Ante la mirada feroz de Titania y el apoyo de los bardos, la soberana del frío retrocedió humillada, convertida en una bruma inofensiva que el sol de la mañana dispersó

sin esfuerzo.

La buena ninfa recordó, con reconfortante nostalgia, que su relación con el Leñador le hizo conocer una nueva faceta terrenal que un hada normal no habría podido asumir: la de empatizar con los seres mortales y respetar sus costumbres.

Fue entonces cuando Titania comprendió la lección final que el leñador le había tallado en el alma: el prestigio, aunque parte de una fantasía poderosa, también es refugio de carne, hueso y madera para todos los que conviven en el hábitat forestal.

Aquel invierno no fue un adiós; fue la conquista de su propio destino. Se instaló en la vieja cabaña del leñador ausente, como la nueva guardiana. Allí, entre el olor a resina y el calor de la chimenea, enseñó a las criaturas que la verdadera fuerza reside en la generosidad de quien ofrece su mano o su ala? para levantar a otro.

Ya no era el "hada torpe" que todos compadecían. Era el hada que había hecho de sus cicatrices una armadura.

Porque mientras alguien cuente su historia ?la de esa pequeña y bondadosa hada Titania, la que siempre tropezaba, pero que jamás doblaba la rodilla?, la maldad jamás podrá ganar.

Y Titania siempre seguirá viva, optimista y eterna, en la fantasía de todos nosotros.

*Autores: Nelaery & Salva Carrión

Un hada en el bosque

Si sientes unas cosquillas
dentro de tu corazón.
Y si escuchas campanillas...
no veas la sinrazón.
Pues de un hada maravillas
conocerás con razón:
Puede estar con las polillas,
o bajo un caparazón.
Se esconde entre las cabrillas,
o vuela junto a un pinzón.
Se la ve con las ardillas,
con un gato retozón...
Ella reparte semillas
por doquier y con sazón.
Cumple labores sencillas
obviando la desazón.